







CUENTOS





EDITORIAL CULTURA

xxx.xx

Fxxx Flores, Marco Antonio

Cuentos / Marco Antonio Flores—Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala / Editorial Cultura, 2023.

132 p.; (Colección Premio Nacional de Literatura

Miguel Ángel Asturias, n.º 28)

1. Narrativa guatemalteca

2. Literatura guatemalteca

.....

© Carmen Matute, 2008

© Por la presente edición, Editorial Cultura, 2023

Diagramación: Wingston González

Diseño de portada: XXX

Edición al cuidado de XXX

Una publicación de Editorial Cultura
editorialcultura@mcd.gob.gt

ISBN: 978-9929-XXX-XX-X

Impreso y hecho en Guatemala
Printed and made in Guatemala

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.





CUENTOS

MARCO ANTONIO FLORES

Premio Nacional de Literatura
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS
2006

Colección
Premio Nacional de Literatura
Miguel Ángel Asturias
(1988-2022)
N.º 19





MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES DE GUATEMALA

Felipe Amado Aguilar Marroquín
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo
VICEMINISTRO DE CULTURA

Gretchen Fabiola Barneod Martínez
DIRECTORA GENERAL DE LAS ARTES

Denise Phé-Funchal
DIRECTORA DE EDITORIAL CULTURA





ACERCA DE MARCO ANTONIO FLORES

Marco Antonio Flores nació el 23 de marzo de 1937 en Guatemala. A lo largo de su vida, vivió exilios en México y falleció en su país de origen el 26 de julio de 2013. Fue poeta, narrador, periodista, director teatral y editor. Su trabajo fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias en 2006.

Entre sus seguidores, fue conocido como El Bolo Flores. Esta etiqueta se la habían puesto cuando era niño, ya que jugaba fútbol y caía constantemente, lo que hacía que algunos lo apodaran como "bolo" (borracho). Fue a partir de aquí que comenzó su interés por las letras con un poemario titulado *La voz acumulada*, publicado en 1964. Esta obra pertenece a la Generación Comprometida, junto a Roberto Obregón y Otto René Castillo.

Algunas de sus creaciones más destacadas son *Con Muros de Luz* (1968), *La Derrota* (1972) y *Los compañeros* (1976). Esta última fue considerada como el texto fundador de la nueva novela guatemalteca. Además, fue catedrático en la Universidad de San Carlos y en la Universidad Rafael Landívar en Guatemala, becario en el Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México y director de diversas compañías de teatro en Cuba y Guatemala.

Entre sus premios se destacan el Centroamericano de Poesía (1968), el Nacional de Cuento (1987) y el Internacional al Mejor Montaje (1971). También tuvo la opor-





tunidad de impartir conferencias en centros culturales, universidades de México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá, España, Alemania, Inglaterra e Irlanda, y fundó y dirigió Ediciones Vanguardia, además de diversas revistas.

La obra de Marco Antonio Flores fue traducida al inglés, francés y alemán. También fue miembro de la Comunidad Latinoamericana de Escritores (México, 1967) y del Frente de Trabajadores de la Cultura (Guatemala, 1978).

Polímata, sin abandonar nunca la poesía, la publicación de *Los compañeros*, le granjeó toda suerte de honores y discordias siendo considerada la obra fundadora de la nueva novela guatemalteca. *Los compañeros*, su obra más conocida y celebrada, es una novela polémica, desnuda y brutal narrativa sobre la vida privada de un grupo de jóvenes que en los últimos tres lustros se han arrojado a la violencia en los países latinoamericanos. El libro ofrece un contenido vital de gran interés para la narrativa contemporánea, presentada con un lenguaje avasallador y una prosa de ritmo intenso. Autobiográfico, el libro busca desmitificar y desacralizar la acción política, entremezclando vivencias con maestría. Esta obra coloca a Marco Antonio Flores al lado de figuras como García Márquez, Donoso o Vargas, y es considerada una de las mejores de la literatura latinoamericana actual.

Los presentes relatos han sido tomados de dos de sus tres libros de cuentos: *Cuentos completos* (Óscar de León Palacios, 1999), el cual reúne los cuentos de un volumen previo (La Sigüamonta, publicado por Siglo XXI editores en 1993) e incluye textos hasta ese entonces inéditos; y *La vida es sueño* (F&G editores, 2009).





Bibliografía:

- La voz acumulada (1968)
- Con muros de luz (1968)
- La derrota (1972)
- Los compañeros (1976)
- La siguamonta (1993)
- En el filo (1993)
- Crónica de los años de fuego (1993)
- Un ciego fuego en el alma (1995)
- Los muchachos de antes (1996)
- Las batallas perdidas (1999)
- Poetas guatemaltecos (2000)
- La estación del crepúsculo (2002)
- Comrades (2008)
- Antología personal (2008)
- Poesía completa (2010)
- Viaje hacia la noche (2012)







LA PARTIDA DE AJEDREZ

Si el camión repleto de soldados no se hubiera detenido donde lo hizo, las cosas hubieran sido diferentes, pero se detuvo en el sitio que yo esperaba. Eso me confirmó que las cosas deberían suceder así:

El camión se parqueó frente a la farmacia. Estaba repleto de soldados que iban armados de granadas, morteros, lanzacuetes, metralletas, ametralladoras de pie, fusiles de mira telescópica, M1, M2, rifles ultraoscópicos y todo el armamento necesario para una acción rutinaria. Eran muchos los cuques, nunca se averiguó cuántos; a una orden del teniente que salió de la cabina del camión, empezaron a bajar en fila: sabían lo que tenían que hacer. Lentamente se desplegaron alrededor de la manzana en donde estaba la farmacia. Eran cientos y la manzana era pequeña, así que formaron filas concéntricas alrededor de ella, como construyendo un laberinto. Pasaron horas bajando del camión. De la farmacia sólo salía el ruido que producía los movimientos de las piezas sobre el tablero de ajedrez. Desde hacía días sólo eso se oía. La partida debía durar semanas porque cada dos o tres días se oía el ruido característico que hace una pieza cuando se levanta y se pone en otra posición. Cuando efectuaban algún movimiento a altas horas de la noche despertaban a todo el pueblo.

A una mirada del oficial, los soldados pasaron de uno en uno, una orden silenciosa. Como la fila era una espiral





pasó largo tiempo para que la orden llegara al último soldado, el cual había quedado a varios kilómetros de la farmacia; pero cuando llegó se escuchó un disciplinado clac clac y todos los soldados que llegaron en la palangana del camión (que eran cientos) cargaron sus armas en el más absoluto silencio, que fue roto por un audaz movimiento de una torre. Probablemente Trompo Loco había arriesgado una jugada vital en la partida que ya duraba varias semanas. Fue entonces que me atravesó un escalofrío y presentí que de pronto el cielo se abriría soltando un grupo de ángeles que levantarían en vilo la farmacia para salvar a Trompo Loco y al anciano que disputaban valientemente, peón por peón, el triunfo. El teniente rió con sorna al ver que el cielo no se abría y no salían los ángeles para salvar a Trompo Loco y al viejito, luego me miró con burla como diciendo: viste, no se abrió el cielo. En ese instante estuve seguro que iba a interrumpir la partida. Ya no dudó: se acercó a la ventana de la farmacia y cuando se aseguró que los jugadores estaban profundamente concentrados, gritó con voz aflautada que parecía la de un profesor universitario: ¡Rendite Trompo Loco, porque tenemos rodeada la casa! ¡Salí con las manos en alto! Todo se sumió en un silencio absoluto. Un ahogado gritito denunció una movida precipitada y nerviosa y cuando la pieza quedó en su sitio, el ruido hizo estremecerse a todo el batallón a varios kilómetros a la redonda. Entonces comprendí quién iba a ganar la partida. El ruido de la silla que se arrastró separándose de la mesa de ajedrez fue imperceptible. Quizá sólo yo lo oí. Cerré la puerta de mi casa para que los tiros no me alcanzaran y vi lo que sucedía adentro de la farmacia. Afuera el teniente hizo una señal que fue captada, vista, oída y obedecida hasta por el último soldado situado a varios kilómetros de distancia: todos apuntaron sus armas hacia la puerta. Adentro, Trompo Loco retiró su silla (fue el sonido que capté), el anciano también, se pararon y miraron durante horas el tablero en el que se había producido un garrafal





error para uno de los dos. La última jugada fue desastrosa. Entonces el hombre joven, alto, de pelo rizado, con una bufanda al cuello que lo protegía a causa de una reciente gripe, entrecerró los ojillos de serpiente y con lentitud, con dolor casi, sacó de su cinturón una escuadra calibre 45 y de su bolsa una granada de fragmentación. El anciano lo miró detenidamente pero sin miedo. Vamos a salir juntos, don, pero por atrás; voy a salir echando riata y usted mientras tanto huye corriendo. El viejo afirmó con la cabeza y miró el tablero durante largo rato. Trompo Loco se acercó a la ventana y gritó: que se rinda tu madre, y comenzó a disparar. Se generalizó la balacera. En la puerta de mi rancho rebotaban los bazukazos que no lograban penetrar la puerta de la farmacia. Por encima del barullo se escuchaban las carcajadas de Trompo Loco. Pasaron varios días.

Cuando el teniente desesperado había decidido enviar por refuerzos a la capital, Trompo Loco cometió un error: por no mover el tablero y no botar las piezas que estaban en una posición decisiva, recibió un tiro en el hombro y se desesperó: nos vamos a la mierda porque nos dieron el primer riendazo. El tiroteo se había librado sólo frente a la casa, en tanto los soldados que copaban la parte trasera habían acampado y se dedicaban a jugar cartas, volarse la chaqueta roncar o atalayar una india para echar un polvo; por eso la salida de los dos holllbres (el anciano y el joven) los tomó por sorpresa. Sobre todo porque el joven destapó un granadazo que abrió un boquete de varios kilómetros en medio de los soldados que milagrosamente sobrevivieron y por el cual pasaron corriendo ambos. Casi habían escapado cuando recordaron al unísono, sin haberse puesto de acuerdo, cómo habían quedado las piezas en el tablero de ajedrez luego de la última jugada: uno de los dos, nunca se supo quién, maniobró su rey para apoyar a un peón que intentaba abrirse paso para amenazar a la dama de su oponente; entonces el otro puso en juego su alfil aliviando la presión que había mantenido sobre la torre de su adver-





sario, con lo que lo mantenía inmovilizado. Lo extraño es que jamás se supo quién iba a ganar y si el seguro ganador había dado jaque mate. Otra cuestión inesperada fue que cuando ambos pensaron en la última jugada un tiro que venía de arriba, no de los alrededores, hirió de gravedad al anciano. Trompo Loco lo cargó como a un niño para correr y salvarlo, pero la herida de su hombro se rasgó y el brazo le dolió horriblemente, por lo que decidió arrastrar al anciano hasta llevarlo a la orilla de la carretera, en donde seguramente sanaría. Eso los perdió, pues con la espalda el anciano activó una mina terrestre que los soldados habían sembrado previendo lo que pasarla y ambos volaron por los aires en los que fueron recibidos por un coro de ángeles. Sin embargo, después de muchos años mi hermana (que cuando todo ocurrió acababa de nacer) me dijo que Trompo Loco, antes de morir, dejó ir un granadazo que desmostoló al teniente y a quinientos soldados, luego se metió la escuadra a la boca y disparó. Siempre creí esa última versión porque mi hermana siempre fue muy precoz.

Lo que nunca tomé en cuenta fue lo que pensaba el anciano de lo que sucedería. Cosa fundamental por otra parte, ya que según mi madre, eso fue lo que sucedió y los jugadores se salvaron:

Cuando la partida estaba por finalizar (una partida intrascendente por cierto, ya que era la quinta que jugábamos ese día), sentí que un camión se detuvo frente a la casa. Cosa natural si lo pensamos, porque frente al negocio se detenían todos los camiones que venían de la cabecera y que dejaban mercadería en el pueblo. Así que me desentendí y me concentré en la partida. Los ojillos de Mario se movían con picardía. Según él, me tenía acorralado con un movimiento medio tonto de su rey. Sin embargo, presentí que el camión río era de los acostumbrados y como el tablero estaba cerca de la ventana me incliné y separé un





poco el trapo que hacía las veces de cortina. (Pienso que tuve ese presentimiento porque el camión no detuvo el motor durante largo tiempo). Entonces, simultáneamente vi al camión verde con lona parda y al oficial del ejército que hacía preguntas y señalaba la fachada de la farmacia. Estaba acompañado del vecino de enfrente, quien también señalaba mi casa y asentía servilmente con la cabeza. En la puerta de la casa de ese vecino estaba uno de sus hijos que nos visitaba a menudo; tenía cinco años y una fantasía incontrolable. Tenía una hermanita recién nacida. Todo aquello me intranquilizó y me hizo perder la atención que tenía puesta en el tablero de ajedrez. No podía decírselo de romplón a Mario porque aquél podría reaccionar imprudentemente y comprometernos. Bueno, comprometidos estábamos, pero había que buscar la forma de salvarnos. Si se lo despepito todo de un riendazo, capaz que se pone a disparar como loco y ahí nos hacen pichacha a todos. El camión estaba lleno de cuques. Calculé unos veinte. Mientras Mario miraba fijamente el tablero pensé rápido: (si aún no han copado atrás de la casa, Mario puede salir sin ser visto; todo está enmontado y a unos doscientos metros está la carretera que va hacia la capital, así que la huida va a ser fácil). Tenía que apresurarme porque al parecer el oficial había tomado una decisión: el motor del camión se detuvo. Intentando conservar la calma, le dije: mire compa, creo que ya nos cayó la viga, no se voltee ni se mueva, ya tengo todo pensado. A él se le hinchó la vena de la frente y se concentró más en el tablero: cuanto la gran puta, si ya lo tengo, don, si con este movimiento lo fruncí. Empecé a ponerme nervioso. Juegue pues, me dijo. Ya no voy a jugar, Mario, porque estamos jodidos. Eso ya lo sé hace mucho tiempo, don. Entonces me puse renervioso, de reajo chotíe que el t niente fue hacia atrás del camión a impartir órdenes, dos cuques bajaron. Si no lo hacía levantarse pronto de ese cabrón tablero nos iba a llevar la chinílaría: mire Mario, creo que llegó el ejército al pueblo. Ya me chingó el juego, don.





Se paró, empujó la silla con los camotes, se quitó la bufanda, se desperzó, se rió entre dientes, sacó de su cinturón una escuadra veintidós y me dijo: dónde están. Cállese, Mario, no hay que atolondrarse, acuértese que para todo tiene que contar conmigo, ése fue el trato cuando acepté esconderlo; lo que vamos a hacer es que cuando toquen y pregunten yo abro como si nada, comienzo a chachalaquear para entretenerlos y usted se va para allá atrás de la casa, mira bien si no tienen rodeado (que no lo creo porque no ha bajado ningún cuque que agarre para allá), se mete al monte que está bien crecido, salta el cerco y agarra para la carretera; yo para mientras voy a tratar de ganar tiempo antes de que registren para darle chance de tomar un camión o cualquier traste que vaya para la capital; por ahí, a cada rato pasan.

En ese momento somataron la puerta: que salgan todos los de la casa. Quedamos en eso, ¿verdad? Sí, don. Ya confiado fui hacia la puerta y les dije, ya voy, señores, no hagan tanta bulla, ahorita les abro. Ya no había problema, todo estaba bajo control, no tenía que pasar nada, abriría la puerta y el teniente haría preguntas que yo contestaría sin alterarme tratando de alargar las respuestas para que Mario tuviera chance, y cuando el oficial decidiera catear yo lo iba a guiar amablemente por toda la casa, y cuando no encontrara nada se iba ir no sin antes disculparse. Así sucedería todo. Era lo lógico, lo previsto.

Lo que me descontrola es que se gún mi papá las cosas sucedieron de otra manera. Él siempre quiere tener razón. A sus amigo tes les cuenta las cosas como le da la gana. Cada ve z que anda chupando con el comisionado se me ten a la cantina y comienza a contar la charada de diferente forma:

El viejo de la farmacia siempre me cayó en los huevos, por eso avisé a la base de que escondía al brujo. Ya tenía años





de no dirigirle la palabra a nadie, ni saludaba a los vecinos; sólo moviendo los muñequitos sobre la tabla se mantenía. A eso de las dos, después de almorzar, cuando abría la farmacia para la tardecita, yo me le pegaba para echar una platicadita. A esa hora el calor lo pone a uno medio zonzoso y sólo dan ganas de echar un pestañazo o de echar un párrafo, y como no puedo dormir al medio día porque me duele la cabeza, me iba a soltar mi platicada; más bien a hablar solo, como con la pared, porque el viejo embrocado sobre la tabla sólo contestaba um, um, a todo lo que le decía. Pero cuando llegó el tipejo ése, tan raro, entonces diunavez me jodí porque el viejo ya no jugó solo en el mostrador, sino agarró aviada con ese tipo en la trastienda. Ni abría la farmacia por estar jugando esa mierda. Me tenía que echar al medio día y me levantaba con el dolorón de shola. Por eso me decidí a chillarlo. Continúa que ni tuvo la atención de presentarme al cliente, lo escondía como si fuera a quitarle un pedazo. Todo el santo día le daban a esa babosada. ¿Ustedes no chotearon cómo le hacían? Sobre una tabla con cuadritos blancos y negros ponen un montón de muñequitos de esos dos colores con caras de moros y cristianos y animales y casas, después se aplastan los días enteros a mirarlos y de vez en cuando, al cabo de las cansadas, uno de los dos mueve una babosada de esas: ¡la pura perdedera de tiempo! Lo peor es que cuando están en ésas parece que estuvieran en trance. Eso fue lo que me puso en el avispero, me dio en qué pensar su modo, porque así dicen que se ponen los espiritistas cuando se les mete el diablo. Fue que me puse a controlarlos desde una ventana de la trastienda: parecían idos, como si el dios sea con nosotros les hubiera hueviado el alma. Lo peor de todo es que mi patojo se andaba encampanando con el mentado asunto, ya le sabía el nombre, cómo se movían los muñequitos, cómo se hacía para bajarlos de la tabla y se la pasaba rondando, igual que yo, la ventana de la trastienda. Eso me colmó la paciencia, me puso para riendazos, sentí que ya





mi chirís andaba medio embrujado y me fui a buscar al comisionado y le solté que en el pueblo andaba un brujo que le iba a hacer el mal al pueblo. Si no le aviso a aquél nos jode a todos. A los pocos días éste me avisó cuándo iba a venir el destacamento. Ese día empecé a chupar temprano. ¿Te acordás, Chon? Desde la mañanita me conseguí mi pacha de guaro para estar arrecho cuando vinieran los cuques. Cuando el camión se paró frente a la farmacia se me enciñó el cuerpo y me fui rapidito a apersonar con el teniente. Me ha de haber visto cara de socado porque cuando le conté de las brujerías le dio risa y dijo: parece que venimos de balde, pero siempre vamos a ver. Le ordenó al chofer que detuviera el motor y llamó a dos de los cuques que estaban en la palangana del trasto para que lo acompañaran. Los tres se dirigieron a la puerta principal de la farmacia. Tranquilo iba el tenientillo, pero en lugar de tocar como la gente agarró la puerta a pijazos con la cacha de su pistola y gritó emputecido, con toda la abusivez que acostumbran éstos: ¡salgan todos los de la casa! Eso es lo que debe haber puesto para riendazos al brujo, porque el viejo gritó decentemente: ya voy, ahorita les abro. El viejito, que lástima me dio para entonces, salió medio asustado y quiso ponerse a explicar, pero el teniente lo pescó del cogote, lo jaló para afuera y lo cachó, después lo puso de cara a la pared con los brazos en alto y recostados contra el encalado; los dos cuques lo encañonaron y el oficial le preguntó que dónde estaba el sospechoso. Como si yo no había avisado que era un brujo. El viejo respondió que ahí no había nadie más que él y ahí fue donde embrocó el cutete porque a mí no me desmiente nadie: me acerqué como la gran diabla y le sostuve al chafita que el viejo estaba rnintiendo porque desde hacía díftas que tenía escondido al brujo en la trastienda, donde se mantenían haciendo mañoserías para chingar a la gente. El viejo me choteó todo asustado, como diciendo: ya me hundiste, baboso. Ahí perdí el control y me dieron unas grandes ganas de irme a chupar, pero todavía me acuerdo





bien que el oficial bajó a todos los cuques del camión y les ordenó rodear la casa. Yo me fui reculando para no caer embrocado en la tiroteadera, por eso fui el primero que lo vio salir: como a veinte metros de las puertas de la farmacia estaba el portón donde metían el carro, por allí salió el brujo pegando tiros con una su pistolita que ¡ay dios! Tenía puntería el fregado: de los primeros plomazos volteó a un cuquito y cuando el tenientillo se le fue para encima con otros seis o siete cuques volándole parejo, el brujo sacó una pelotilla que parecía bola de caca de vaca y se las aventó. ¡Ustedes dirán! Con esa babosada desmostoló al tenientillo y a los cuques. Hasta la tierra se abrió del pencazo que me aventó contra la pared; ahí me quedé hasta el final: el sargento ordenó a la tropa echar pie a tierra y disparar a discreción. El brujo no hizo ni pío: lo dejaron como atarraya; de nada le sirvió su magia. Después el sargento gritó: ¡den fuego al viejo!, y así de cara a la pared y con las manos levantadas, le pegaron una entrada a balazos que para qué les cuento. El don sólo se fue resbalando por el encalado de la pared dejándolo todo manchado de sangre. El sargento gritó hagan mierda todo lo que encuentren. Lo primero que desarmaron a culatazos fue la mesa en donde jugaban esa porquería. Así fue la babosada. Eso porque yo lo vi.

Así lo cuenta mi papá y ya bien sacado fondea sobre la mesa de la cantina y deja de contar mentiras.

Guatemala, 1975.







LA GRAMA ES VERDE

¡Hijos, si no logro zafármele al tira, allí mismo me ponen menuda madriza! Vaya que le chorreaban las mañozas y no logró afianzarme bien. Y que agradezca que no traje la boris, si no le pongo allí merito. Ahora patas palmonte, sino daran-me candela.

Cuando logró zafarse dio un salto sobre las tres gradas y comenzó a correr en dirección a la séptima avenida. Sus canillucas cornetas modulaban un ritmo medio pendejo, desacompasado, lento. Así quién no lo iba a alcanzar. Parecía que no se movía del mismo lugar: ponía un pie y después de veinte siglos ponía el otro. Entre las canillas le hubiera pasado un lío de chuchos y él como si nimier. En ningún momento vaciló en . retacharse el muy maje: si hubiera corrido para otro la.redo talvez logra hacerse humo entre el montajal: pero no: ai iba de pendejo corriendo sobre la banquetota toda humosa del calorón del mediodía.

Detrás de él (del que corría pues). salieron un tambache de cuijes hasta el gorrión de tartajas, alegando, empujándose como idiotas: parecían patojos del kínder: cómo se te fue a soltar reanima!, ahora se nos va a pelar y nos van a chingar a todos. Es que me estaban sudando mucho las manos, me puse renervioso porque había mucha gente y cuando le iba a poner las chachas me tontí y Se me juyó el desgraciado. Tenemos que prensarlo y no vayás a empezar a echar verga aquí porque con tu leche te vas a echar un ce-





rote de esos que sólo nomás chotean y va a ser pior el caldo que los me agarras...

Detrás del grupo de tarados salió el gentío fisguedor, juzgador, mediomamplor, a chotear, a vijear, a temblar.

¿Por qué no oiré ni droga? Deberían estar pegando gritotes y madreadas o echando pija con las chingamuzas. Tienen que echar punta porque si logro llegar a la esquina de la séptima, huevos que me prensan. Y no se pueden quedar paradotes como majes, porque había un catizumbal de gente y más de alguno va a reconocer que son chantes. ¡Pinches canillas gordas que me cargo por la gran diabla! Es una mierda, no me dejan carrerear bien. Causa del guarito y de los culitos uno se pone regordo y panzón.

El segundo montón de gentuza: el indeciso: el mirón: el rascabuchador: el novelero, logró tomar una decisión colectiva (inconsciente pues, e inconsistente y casi inconsecuente) y empujando, apretujando, apretacanutajugando, codeando, pasito a pasito, babosos, sudorosos, apestosos, anhelantes, pujantes, sobijeantes (los más calientes), fueron dejando el portón de la oficina donde había sido el desmóder (el intento de «plagio» dirían las vetaveles) y empezaron a bajar las gradas: un, dos, tres, tres, dos, un, un, dos, tres: subían y bajaban: subían bajaban y tentaban: subían bajaban tentaban y temblaban (choteaban y cachondeaban nerviosudorosos).

El grupo de hombres armados (hasta los dientes por valientes): los miradostarados, se quedaron indecisos en mitad de la banqueta. Durante algunos segundos no supieron qué mierdas hacer, unos intentaron correr detrás del corredor (del que corría pues, no del corredor de la casa), otros se encaminaron hacia el carrón último modelo, negro, ford. con dos antenotas (que quién no conoce que carros son y qu clase de gentucha va metida en ellos) y se hicieron las





bestias con gestos de vamonós a la chinilaria. Desde ese ángulo se miraban un par de canillotas gordas y arqueadas como la Torre del Reformador, que casi no se despegaban del suéter y que corrían con desesperación.

Si logro llegar a la córner estos orejas recabrones no me huelen ni los pedúnculos. Es una droga que no traje el cuete. Por andar en camisa con este recabrón calor tiene uno que andar a la buena de deus. También por andar echando cartas babosas para nenas mensas y fieras. Siquiera por un buen culo, pero ya estaba rerruca la traidora. Mejor la hubiera mandado a la mierda en su pura carota, pero por no verla chillar le vengo a poner una léter, sólo a que me dieran agua: porque si no logro llegar a la córner aquí mismo quedo. Cagando me agarraron, y vaya que me le logré zafar al chante, porque si me hubieran metido al carro hubiera sido piorr, de perdida me deshuevan y me dejan enmotaguado. Andar echando cartas: pinche teatro. Por teatrero me van a dar nffer. Y por culero y guarero hasta el aire me falta, siento que me ahogo con la carrereada. Si esto me pasa hace cinco años ya estuviera hasta montado en una camio, pero ahora no hay modo que avance. La callesota parece de hule, se alarga como la gran diabla y los camotes se me están acalambrando. Viejo es que estoy, hecho huevo y metido a mierdas todavía. Piar si se me queda tiesa una canilla, entonces si me amuelan, en dos trancazos me van a alcanzar. ¡Chirís churás, si llego a una cinco me les pierdo entre el gentío! Me dan ganas de darme un volteón para ver que onda se traen, pero voy a perder tiempo y me van a prensar otra vez, mejor me bailo rapidol.

El second grup de mirones: (los noveleros choteadores), se apuñuzcaron como cuidándose las espaldas entre todos los pavotas para ver si había metedera de mano con las traídas: paliduchos y nerviudos totales. Del carro paño se apió un gordotazo tira, con el sacote al aire y la corbata flotándo-





le en medio de la panza: hijos de puta, ya se les fue, son unos machos, cómo no lo agarraron bien. Fue mulada del manos de agua, jefe. ¿Qué hacemos ahora? Mirá si le podés dar un plomazo desde aquí y después nos corteber a la chingada porque la gente se está apuñuzcando. Si quiere mejor lo alcanzo, jefe. El nerviosudorosismo se metía en los calzoncillos y calzones de los mirones y de los mirados. El tira gordo sacó una boris cuarentaicinco que llevaba colgada en la diestra de la panzota: Si corrés tenemos que ir en el carro a traerte y talvez estén esperando a ese cabrón y e arma la tiroteadera, mejor voy a ver si lo agarro agando. El fat martilló la boris y comenzó a apuntar con cuidado hacia el cornetón que corría. El mazacote de mirones se encogió temblando. Cuando oyeron montar la pistola un quejido recorrió el montón de montoneros que se encogió replegándose, pegándose, camaleonándose contra la puerta. Dos de los mirados (los tiras) cargaron las metralletas y empujaron al mazacote hacia las gradas por donde habían salido. El gordolfo hizo mampuesta con el otro brazo y apuntó.

Si ya había jurado que estos pisados no me iban a prensar vivales. Cómo fui a caer otra vez de maje. Esa premier me dejaron medio turulato de la pencaseada, de mensa tiré el cuete y me rendí: el primer cuije me dio dos sopapos y después me metieron a la paño a morongazo limpio, por mi madre que me dejaron como camote. Cuando me aventaron a la tigrera del primer toro, entonces si vi la luz a cuadros, el olor húmedo de la chingadera esa se me atoró en los pulmones, parecía un tunel interminable, como esta pinche calle que no se acaba nunca. Si logro llegar a la esquina se acaba el problem. Si sólo pudiera saber lo que está pasando allá atrás, o si pudiera tirarme a una de esas casonas de ricachos; lo jodido es que deben haber unos chuchones asesinos y voy a salir mordido, pijaseado y enmotaguado. Mejor sigo corriendo, es el único





chance de salir vivales de esta charadoa. Lo más pisado es que los rieles me aprietan como el carajo, hasta esa nota ful me tocó hoy, que mala leche, estrenar zapatos, ya ni la amuelo. Si pudiera pegar el brinco y meterme a una casa de esas, aun- que sólo jueara para descansar un poco y correr para adentro, pero esas paredotas están realtas. Todas las paredes son para protecshion, en todas partes del mundo son la misma cosa, los hombres las hacen para encuevarse, para defenderse a saber de quién, pnra esconder algo que se han hueviado, dan la sen- sación de estar uno acorralado en la ciudad, son las barreras del miedo las pinches paredotas. Cuando me expulsaron de la escuela por bolatín me estuve toda la tarde mirando paredes: grises: blancas: rojas: moradas: medias-moradas (las tengo), esa fue la primera vez que sentí que estaba acorralado en la calle, ahora sí se me stán acalambrando los camotes de tanto correr, siento que los nervios de las canillas no me dan más, me tiemblan las pinches, los camotes se me hinchan y no dan más, ya no me sostienen bien, como cuando salí la primera vez al escenario que tenía que hacer de un viejito al que le temblaban las shuras, cuando me vi en mallas como mari- cón y me vi las piernas arqueadas y flacuchas sentí que se me iban a doblar, y cuando iba a decir mi primer parlamento no me salió la voz, me quedé mudo dialtiro, con la garganta seca, como ahora, que el chorro de aire se me mete rápido a los pulmones y me deja sin saliva, con la boca, con los dientes, la lengua, el esfinter seco, tengo la boca seca y las piernas duras, estoy jodido. De ésta no salgo, pero debo llegar a la esquina, es la única forma.

Si logra llegar a la esquina se saiva, jefe. Dele fuego ya por- que si no se le va. Animal, cómo le hablás a la mano, ya me tushaste el tiro, ahora tengo que volver a apuntar: callate el hocico querés. El gordo volvió a hacer mampuesta con el brazo izquierdo y comenzó a apuntar con cuidado. El grupo de mirones (second grup) se había vuelto a desplegar para el combate del choteón, de la mirujeada; se estaban





cantando del miedo pero ahí seguía curiosones, valientosos, como si no les importaran las metralletas que los dos tiras les empotraban en las costillas. El grupo (el second: los mirones noveleros). el montón, el chingo de ojos en vaca parecía electrizado, prendido, pegado con goma, para donde iba el primero iban los oders; hipnotizados por el brillo del cañón de la boris de gordolfo apuntador, misma que poco a poco iba tomando posición adecuada, iba poniéndose en línea, recta, firme, sin temblar, machota, metiendo en su línea de tiro a las dos canillotas tenazudas. El gordolfo apachaba el ojo izquierdo, como queriendo guiñar, coquetón, mientras los carricoches pasaban zumbando por la Avenida de la Reforma como si nácar, como si todo estuviera tranquilo, suave, a toda móder (no sabían que habían canillas en capilla). El montón de mirones se hizo más compacto, parecía una masa informe, autoprotégida, autoconcebida, lista: sadicono. El gordolfo saliveó y empezó a apachar el gatillo de la boris.

Si no disparan pronto me les voy, por mi madre que me les voy. Sería un lechaza de película: abí madre: puro yeims bond: los vuelvo a dejar vestidos y alborotados. Pero ya sería mucha suerte: la de nunca acabar y ya me estoy cansando de esta onda, talvez sea mejor que diunavez huíchili macoy: si hasta estoy orejeando que un cabrón está cargando la chingamuza: oyendo babosadas estoy ya de la car ereada, siento que el tiro me está buscando la nuca, mejor diunavez porque ya no aguanto esta pinche vida, estoy hasta el gorrión de esta nota. Talvez si corro en zig zag, como en las licas que el traidito corre haciendo babosadas y no hay modo que le den el plomazo, estas calles tan anchotas y solas, si se les ocurre seguirme en el carro y, ne dan una rociada. entonces sí entrego los tenis dialtiro, abí sí no hay tu tía, lo raro es que no oigo el motor del carro. Si pudiera llegar a la esquina me les iba, pero está tan lejos la maldita.





Cuando el plomazo sonó, los mirones se apretaron entre sí, se replegaron contra la pared y la mancharon con el sudor de sus espaldas. Algunos cerraron los ojales y rechinaron las mazorcas, una chava sintió el calzón todo mojado y se agarró la barriga, se la prensó, se la pellizcó. El gordolfo fue bajando la boris con calma y una sonrisota se le deshizo en la jeta. Un tira de metralleta chaquetero cepilló: cabal jefe, qué puntería la suya, no tiene ni madre.

Qué fea la onda del rempujón, esa nota si ya no me la aguantan las canillas, hasta me trastrabillaron del cuentazo; sólo que fue un empujón caliente, ha de haber sido el chante que le sudaban las manos, cómo corre el cabrón, qué rápido me alcanzó, qué mañita la del pisado, como que estuviera Jugando desconecta me dio un riendazo en la espalda con la mano bien caliente, como si la tuviera hirviendo. ¿Por qué no me dfjo que me parara n lugar de aventarme? Ahora sí ya no siento la boca, ya ni siento la saliva y el calor del manotazo se me está metiendo en toda la espalda, por lo menos no me dieron nijer: Pero las canillotas no me dan más, se me doblan remedio, ha de haber sido la aviada que traía, si logro llegar al miarbolito ese, talvez no me caigo, porque si no va a ser un jétazo de madres en la banqueta. La maldita esquina se aleja cada vez más, se diluye entre el color verde de la grama, sé acerca, se aleja, se agranda, se achica, desaparece y se aparece. La grama se agranda más, siento su tibieza en la mejilla. Cómo es de fresca la grama recién regada. Cómo es de verde en este tiempo.

Una nena medio meada en el montón de cera petrificada: pobre cuate, no pudo correr ni veinte metros.

Guatemala, 1978.







EL BASTÓN

Andábamos metidos en el milperío, hasta adentro, entretenidos en la tapizca, cuando oímos el zumbido del helicóptero. Ahí fue que nos entró el culío porque ya sabíamos de lo que andaban haciendo los pintos por todos lados. Así que cuando oí al animal pensé que había llegado la hora. Y cabal. Solté el machete y pegué la carrereada, pero llegué tarde, porque en el plancito que quedaba entre la milpa y los ranchos estaban aterrizando los animales. Me quedé tieso; los otros no, corrieron hacia sus parientes y ahí se los pepenaron los pintos, los rociaron de bala hasta bajo la lengua. Entonces me mié; y ya no pude alzar la mano.

La gente se retorció toda al sentir los balazos en el cuerpo. Algunos sacaron los curvos, ¿pero qué iban a hacer con unos machetíos contra el montón de ametralladoras? Lo más jodido es que cuando ya los vieron quietos en el suelo, los cuques también sacaron sus machetes y se les fueron encima, se pusieron como locos, agarraban a los heridos del pelo y los somataban contra la tierra, después les cortaban sus partes y los mordían pegando de alaridos. Un verdadero destazadero armaron los salvajes.

No podía ni creerlo. Y los miados no se me contenían. Y todo mi cuerpo tieso. En eso que choteo a las mujeres que venían carrereando y dando de gritos. Algo se me desquebrajó adentro pero no pude dar paso; y para más joder veo venir a la Chona con el chirís a memeches. Qué





jodida. Pero ni con ésas me desatorzoné. Y como armaron rapidito la matazón ni cacha tuve. El tenientillo que mandaba la tropa se echó el primer tiro contra las mujeres que venían chillando encarreradas. Pilishtío el hijueputa pero más malo que el chichicaste. ¿Qué mal le habían hecho las pobres, digo yo? ¿Qué daño le hacían al ver por sus hombres? Ni modo que se iban a quedar pasmadas. Entonces quise pegarle el grito a la Chona para que reculara. Pero qué, ni cuío me hizo el galillo. Mejor me hubieran quebrado ahí mero. Lo más jodido es que me fui quedando como ido, metido entre mí y mirando babosadas. De repente los muchachos ya no estaban desperdigados entre el monte todos trozados, sino bien pollones y patojos, y andábamos en la costa donde el licenciado que nos defendía se había ido quedando con nuestra tierra y cuando le reclamamos nos contestó altanero que mejor le agradeciéramos porque si seguíamos en ésas nos iba a echar la jura por comunistas, porque esas parcelas nos habían quedado de cuando la reforma agraria y que nos calláramos y nos fuéramos rapidito porque había sabido que habían puesto una denuncia y que en cuanto nos cacharan nos iban a meter el huevo. Así que tuvimos que topar los centavos que nos tiró y agarrar camino lo más lejos posible. Hasta el Petén la fuimos a tener. Ahí íbamos en montón con todos los tanates a tuto cuando me espabilé con el tronido de los últimos balazos. Fue cuando vi que el tenientillo pilishte, como de veintiún, agarró a la Chona del pajonal y le dejó ir el tajo sobre el pescuezo mientras ella pensaba a mi chiricito con sus brazotes galanes; con decirle que no lo soltó ni al segundo filazo que el chafarotío le zampó en la garganta. Y yo sin poder alzar un dedo. Para entonces las mujeres que se habían salvado se habían ido en reculada para la aldea; detrás los pintos, cagados de la risa.

Me quedé ingrimeo ahí. Sin oír ni pensar. Pero me pude mover. Las patas se me menearon como trapos viejos y me acerqué a la Chona mientras le decía quedito: «Chona,





Chona, levantate, no jodás, ya vámonos de aquí". ¿Pero qué se iba a levantar si ya era difunta? Y mi patojito tierno, que ni siquiera caminaba, desangrándose entre sus brazos con un plomazo en el pechito. Quise jalárselo, pero qué, si era mera fuerzuda, de esas mujeres machas que lo aguantan todo. Con decirle que para la chapeada agarraba su curvo y se ponía al tú con los hombres. Así que por más que hice no le pude arrancar al patojo. Lo tenía prensado con sus brazos tan fuertes y tan suaves. Como acolchonados los tenía. Hasta sentía que sus manotas ásperas en cuanto nos cacharan nos iban a meter el huevo. Así que tuvimos que topar los centavos que nos tiró y agarrar camino lo más lejos posible. Hasta el Petén la fuimos a tener. Ahí íbamos en montón con todos los tanates a tuto cuando me espabilé con el tronido de los últimos balazos. Fue cuando vi que el tenientillo pilishte, como de veintiún, agarró a la Chona del pajonal y le dejó ir el tajo sobre el pescuezo mientras ella prensaba a mi chiricito con sus brazotes galanes; con decirle que no lo soltó ni al segundo filazo que el chafarotío le zampó en la garganta. Y yo sin poder alzar un dedo. Para entonces las mujeres que se habían salvado se habían ido en reculada para la aldea; detrás los pintos, cagados de la risa. Me quedé ingrimeo ahí. Sin oír ni pensar. Pero me pude mover. Las patas se me menearon como trapos viejos y me acerqué a la Chona mientras le decía quedito: «Chona, Chona, levantate, no jodás, ya vámonos de aquí". ¿Pero qué se iba a levantar si ya era difunta? Y mi patojito tierno, que ni siquiera caminaba, desangrándose entre sus brazos con un plomazo en el pechito. Quise jalárselo, pero qué, si era mera fuerzuda, de esas mujeres machas que lo aguantan todo. Con decirle que para la chapeada agarraba su curvo y se ponía al tú con los hombres. Así que por más que hice no le pude arrancar al patojo. Lo tenía prensado con sus brazos tan fuertes y tan suaves. Como acolchonados los tenía. Hasta sentía que sus manotas ásperas en cuanto nos cacharan nos iban a meter el huevo. Así que tuvimos





que topar los centavos que nos tiró y agarrar camino lo más lejos posible. Hasta el Petén la fuimos a tener. Ahí íbamos en montón con todos los tanates a tuto cuando me espabilé con el tronido de los últimos balazos. Fue cuando vi que el tenientillo pilishite, como de veintiún, agarró a la Chona del pajonal y le dejó ir el tajo sobre el pescuezo mientras ella prensaba a mi chiricito con sus brazos galanes; con decirle que no lo soltó ni al segundo filazo que el chafarotío le zampó en la garganta. Y yo sin poder alzar un dedo. Para entonces las mujeres que se habían salvado se habían ido en reculada para la aldea; detrás los pintos, cagados de la risa.

Me quedé ingrimo ahí. Sin oír ni pensar. Pero me pude mover. Las patas se me menearon como trapos viejos y me acerqué a la Chona mientras le decía quedito: «Chona, Chona, levántate, no jodás, ya vámonos de aquí”. ¿Pero qué se iba a levantar si ya era difunta? Y mi patojito tierno, que ni siquiera caminaba, desangrándose entre sus brazos con un plomazo en el pechito. Quise jalárselo, pero qué, si era mera fuerzuda, de esas mujeres machas que lo aguantan todo. Con decirle que para la chapeada agarraba su curvo y se ponía al tú con los hombres. Así que por más que hice no le pude arrancar al patojo. Lo tenía prensado con sus brazos tan fuertes y tan suaves. Como acolchonados los tenía. Hasta sentía que sus manotas ásperas y rajadas eran suavecitas cuando me las pasaba por la cara. Y diga que los patojos grandes se habían ido, si no también me los matan. Cuando ellos se alzaron fue que a la Chorra se le metió tener otro chiris. Y va con su necesidad. Y yo va de decirle ¿no ves que ya estamos bien sazones pues, qué vamos a hacer con un tierno? Pero se plantó . en su necesidad y resultó en baloncha cuando rascaba los cuarenta. Y ya ve, no convenía. Ésa fue la salazón. Y en eso el griterio en los ranchos, y las carrereadas de las mujeres, y las carcajadotas de los cuques que . estaban haciendo su agosto con las muchachas. Tanto cuidarlas para que se las comieran esos animales. Y va crer, del susto de vuelta me quedé tieso. Y cuando se





saciaron empezaron a tirar y a pegar de alaridos y al rato todo en silencio. Y se dejaron venir y yo sin poder dar paso.

Fue cuando sentí la manota en la nuca. Casi me canté pero me espabilé y quise carrrear; pero qué, si me tenían bien prensado del pescuezo. Apenas pude ver que era uno de los muchachos. Dejame aquí con la Chorra, le dije. No viejo, me contestó (no llegaba a los cuarenta y dos y ya me trataba de viejo), tenés que salvarte, te vas a venir con nosotros. ¿Y por qué no usás esa tu babosada contra los cuques?, le dije. Porque sólo andamos tres y ellos son montonal, sólo nos exponemos, no ha llegado el momento, ya llegará, no t.engás pena, y me pegó el jalón. Sólo me agaché y le arranqué el pañuelo que la Chorra cargaba en la cabeza. Con el solón de la costa se había acostumbrado. La mano se me manchó de sangre. Lo hice un reburujo, me lo zampé a la bolsa y me fui iyendo detrás del patojo que llevaba un arma colgando de la mano derecha. Nos enmontamos y empezamos a correr despacito; al rato sentí un ruidito atrás, cuando voltié vi otros dos compas corriendo en silencio detrás; traían sus caras largas. Uno chillaba; lo reconocí, era un patojo de la aldea que se había alzado hacía tiempo; en la matazón le habían llevado al tata y a la nana, pero venía con su trotecito y un arma colgando de la mano. Entonces me fijé que habíamos agarrado costumbres de indios. Siempre andábamos callados porque no negociábamos nada de andar meneando la sin hueso; además, nos sentábamos encucillados porque en el monte no hay sillas; y ahora íbamos con ese trotecito lento, pasito a pasito, en silencio, para no cansarnos, y dando vueltas y revueltas para perder el rastro. Nos fuimos perdiendo en el monte. Al rato ni el cielo se miraba, y eso que el sol no había caído.

Al gran rato se dejó oír el zumbido de los helicópteros vuelta y vuelta, pero qué jodidos nos iban a chotear con el montarral; me subió por el galillo un odio bravo que me llenó de bilis la trompa, casi que echo el zope; me puse a insultarlos quedito. Del colerón me azurumbé y me sentía





por otro lado, de la mano de mi papá, refundido entre el gentío y oyendo a un hombre que gritaba subido en una tarima; el gentío lo aplaudía y se revolvió sin miedo; y los ladinos y los indios juntos. El hombre era pilishtío y le decían el compañero Víctor Manuel y hablaba de los derechos de los trabajadores campesinos y mi tata me apretaba la mano y los indios hasta se reían, se secreteaban entre ellos y le platicaban a mi tata como si fueran sus mismas, y al rato cayó mi nana con que vámonos para la casa, no seas novelero y encima te traés al patojo, no ves que va a venir la tropa. Y mi tata: no seas babosa, si ahora los cuques nos cuidan. Y al mero rato el gentío en la cantina pegando de gritos y mi nana bien contenta echándose una su cerveza y ya no quería salir y mi tata la tuvo que sacar porque ya no había pisto y los pies que ya me picaban de tanto correr, y la voz del patojo de adelante metele tupido viejo, que ya vamos llegando, y la noche bien entrada. Seguí con la pensadera, pero ahora con la Chona, de cuando servía en el comedor de Cocales, donde paraban las camionetas de la costa y los choferes bajaban al pasaje para echar un taco y una meada. En ésas la conocí. Llevaba un camión para la capital y me paré ahí para echarme un bocadito y chotí a la Chona sirviendo las mesas. Desde que la vijié me llegó; pero lo topado es que ella también me hizo mi caída de ojos, así que diuna le aventé el párrafo, y ya de regreso de la capital me paré con mi intención, me quedé hasta que entró la nohecita para ver qué salía y salió, se fue conmigo. Y no que fuera larga, pero ya estaba de dios que se fuera conmigo y se fue.

Ya llegamos, dijo el patojo; cuando contestó la señal que nos hicieron fue que me fijé que había cargado todo el tiempo el pañuelo en la mano, apretado, lleno de sangre reseca. Llegamos al campamento. Me puse a buscar a mis patojos para avisarles de la desgracia, pero me dijeron que estaban en otro lugar; pedí seguir para allá, pero dijeron que no se iba a poder y que mejor me acostara porque ha-





bíamos echado punta macizo, y ni modo, me tiré al monte muerto de cansancio. Ni sentí la humedad cuando me fui cuajando con los ojotes pelados. No había modo que los pudiera cerrar, pero sentía que dormía en medio de la oscurana. Al mero rato atisé la claridad entre los chiribiscos y sentí el humo y el olor del café de tortilla y miré un montón de gente que iba saliendo de abajo de los palos y empezó el chillido de los chiricitos y las voces de las mujeres y me paré a preguntarle a los patojos que me habían traído, pero ya no estaban y otros andaban arreando a la gente para una reunión. Cuando estábamos apuñuzcados llegó uno como de mi edad y dijo: compañeros, nuestra misión era salvarlos de las masacres, pero no los podemos tener aquí, así que van a comer, van a preparar bastimento y se van a ir para el otro lado; nosotros vamos a escoltarlos hasta que pasen el río. Pero la gente se encachimbó y comenzó la protestadera; decían que ellos querían quedarse para combatir. Entonces el tipo se mosqueó y ya no anduvo con tapujos y gritó que ellos no eran nuestras nanas, que no había suficiente comida, que con el montón de patojitos, viejos y mujeres ellos no se podían mover rápido de un lugar a otro, que si el ejército detectaba ese montón de gente nos iban a entrar hasta no dejar uno, que diéramos gracias de haber salvado el pellejo, que estaban arriesgando a sus mejores hombres para escoltarnos, y que dejáramos de chingar. Con todo la gente siguió en la protestadera, entonces el compa se emputó y gritó que estábamos bajo régimen militar y que debíamos obedecer las órdenes y que nos hartáramos porque se hacía tarde. La gente se calló el pocillo y nos fuimos preparando para la caminata. Yo ni tantita hambre tema, así que me hice el sapo y cuando pude me acerqué al tipo y le dije que me quería quedar de combatiente porque ahí andaban mis patojos. Se me quedó mirando y me dijo: esta mierda no es familiar, y la disciplina es la disciplina, así que prepárese para irse con toda la gente; además, usted ya está grande para estas babosadas. Me encachimbé y le dije que tenía su





misma edad. Sólo dio la revuelta y me dejó con la palabra en la boca. Al rato uno de los patojos me fue a decir: el compa tiene quince años en la guerrilla, ya está habituado, además, es el jefe. Tuve que callarme el pocillo. Como a la hora se armó el viaje. Al frente iban unas compas armadas, luego el tanatal de mujeres con los chiricitos, más atrás los viejos y los hombres que habíamos quedado, y hasta mero atrás otros compas armados. Al ratito algunos empezaron a hartar y se sacaron la gran puteada: no ven que tiene que alcanzar para cuatro días de camino, con la panzota no pueden caminar, nosotros vamos a decirles cuándo se harten. Nos trajeron bien cortos.

El primer día terminó en paz de dios, aunque la chilladera de los chirlees estuvo perra. Lo jodido comenzó al día siguiente. Como a las diez de la mañana agarramos un plancito que duró el resto del día; el solón dialtiro lo quemaba a uno y se puso inaguantable la chilladera de los patojos y la quejadera de las nanas y los viejos. Para acabarla de joder, como a las cuatro empezaron a rondar los helicópteros como a cinco kilómetros y se armó la corredera para poder llegar a lo tupido antes que nos vieran y nos balacearan. El tercero y cuarto días fueron dialtiro pura leña. Nos quedamos sin agua y sin bastimento; los patojos lloraban día y noche, nadie podía dar ya paso con las patas ampolladas, y para colmo de males, ya para llegar nos controló un helicóptero y para qué quisimos más, regresó al rato con otros dos y nos balacearon. Tuvimos que hacer un rodeo de más de medio día y buscar un vado protegido para pasar. Al cruzarlo fue mi desgracia. Los muchachos se pararon y dijeron aquí recto está el mojón, corran, y al pasarlo ya están del otro lado. El gentío comenzó a carrrear sin preocuparse de los helicópteros. Yo no; toavía les dije que me quería regresar con ellos. Se me quedaron viendo y uno me contestó: no viejo, traigo órdenes, corré para el mojón y salvate. Ni cuando estaban macheteando a la Chona solté las de cocodrilo, pero cuando comencé a caminar para el





mojón se me nublaron los ojos. Casi no veía del montón de lágrimas. Despacio llegué. Cuando pasé volví a ver para atrás y ya no vi nada, ni la selva, ni a los patojos que nos habían traído, ni los helicópteros; todo estaba oscuro, negro. Desde ese día que ando así, con este bastón.

México D. F., 1985.







SEÑOR DE XIBALBÁ

Ay mijo, casi no puedo hablarte con tanta tierra en mi boca. La tierra, mijo, es nuestra nana y nuestro tata; la siento húmeda entre la boca.

Por eso me cuesta contarte las cosas.

Pero voy a hacer la cache para que entendás.

La noche era tupida, fijate, como mecapa! de sombras, y vos a mi lado, arrebujadito. Sólo los chiquirines metían su bulla y hacían vibrar el silencio. A veces, el latido de un chuchó en la oscurana. De repente todo se quedó callado, hasta el acezar de tu tata que se había quedado a vigiar en la puerta del rancho. Sólo el crujir de la brasa que se consumía entre la ceniza se oyó ya. Tu tata sintió el peligro y se metió en carrera; te buscó entre las tujas y te alzó.

Vamonós rapidito, me dijo, porque ahí vienen.

Pero qué, si ya los ejércitos estaban sobre nosotros pegando sus aullidos y tirando sus tiros. Y para más fregar me quedé como tullida del puro susto. Venite, te digo, decía él, porque si no aquí nomás nos van pepenar.

Cuando logramos salir era retarde.

Rodeados nos tenían y le estaban pegando fuego a los ranchos.

Si vieras el fogarón que se alzaba.

Ya parecía que andaban quemando el cielo.

Las caras de los señores se alargaban del susto y por el vibrar de las sombras que iban y venían.





Tus gritos me aforzonaban el corazón. Ya tenías tus tres años y estabas requetealentado. Bonito venías. Era un ir de aquí para allá, pero no había modo.

Y que tu tata se viene al suelo como partido por un rayo.

Y ni siquiera te soltó, te prensó debajo de su cuerpo. Me lo vahogar, pensé.

Cuando quise voltearlo para sacarte sentí el golpazo en la nuca.

Ni resollar pude. Allá lejos miré que te cargaban.

Cuando vine a sentir tenía una costra de sangre que me bajaba por el pescuezo.

Y un dolorón, que vieras.

Vos ya no estabas.

Tu tata, difunto. En eso aulló el coyote y supe que te habías ido solito. Tu nahual andaba por ahí, buscándote.

Por eso te volviste malo, porque no hubo quién te cuidara.

Lo fregado fue cuando regresaste.

Bien alentado venías.

Bien pollón venías. Con un tu uniforme de cuque bien tilinte. Y una tu cara de piedra de obsidiana.

Como si no supieras que a tu tata se lo echaron los cuques.

Yo, bien consumida, como apasote viejo.

Sólo te miraba tu cara.

La soledad había tullido mis huesos.

Sólo miraba tus manos.

Y de primas a primeras te reconocí.

¿Cómo si no?

Si yo te había hecho de a poquitos en nueve meses. Pero ya no eras vos.

¿Qué te hicieron mijo?

No ajustabas los catorce y ya te tenían bien brujeado.

Tus ojos ya mero soltaban llamaradas.

Y tu voz raspaba el aire y lo ensuciaba.





Y el arma que parecía parte de tu cuerpo.
Ya no eras el que había enseñado a andar con mi pe-
rraje.

¿Qué le hicieron a tu corazón, mijito?

Dicen que el que te llevó era cuque.

Y ladino.

Y de los meros fregados.

Que te fue enseñando malas mañas.

Que creciste a su amparo, torcido como él. Dicen que te
enseñó que nosotros los naturales éramos las puras bestias.

Que éramos huevonotes y arreados.

Que sólo bolos andábamos.

Que lo mejor era arrancarnos de raíz.

Y el pobre puro natural, pero como andaba de ladino,
se creía.

Ni miraban su color de caimito.

No miraba sus ojos de culebra.

No miraba su nariz de chompipe.

Y como sólo hablaba la castilla se creía.

Y te metió la cizaña.

Fue que aprendiste a odiarnos.

Como si vos no eras de nosotros.

¿No te acordaste de cuando te amarré tu ombligo entre
el monte?

¿No te acordaste del aullido del coyote?

Sólo de odiar te acordaste.

Peor cuando te metieron que los naturales éramos co-
munistas.

Y te fuiste al cuartel para aprender a matar.

Y después te pusiste a buscarnos.

Cuando me hallaste me dio un trastumbo el corazón.

Vos sólo me miraste con tus llamaradotas.

Como que quisiste dar conmigo.

Pero tu odio lo tapaba todo.

Entonces te me hiqué y te dije mijito de mialma. Pero
qué.





Sólo cargaste el arma.
Y me apuntaste.
La tierra, chupándose mis lágrimas.
Soy tu nana te dije.
Y te vino el colerón.
India igualada, reabusiva, gritaste, no confundás el
cebo con la manteca, gritaste, así son los comunistas que
creen que todo es de ellos, gritaste.
Suavecito te pasé las manos por las canillas. Me diste
una pescozada en la cabeza.
Quedé hecha un colochó; el dolorón me iba y me venía.
Quise mirar tus ojos pero eran pedernal.
Un suspiro me quemó el pecho y tu fusil chicoteó. Mi
corazón se hizo un colochó.
Lejos aulló el coyote con su voz que era la tuya pero
que ya no.
Ni cuenta te diste.
De mi boca se escapó el raxón.
Abrió sus alas azules y se metió en la espesura. Me que-
dé bocabajo con la tierra en la boca. Ahí andás ahora, vien-
do a quién matás.
Parecés una alimaña.
Un señor de la casa oscura.
Un señor de Xibalbá.

México D.F., 1985.





EL HOMBRÓN

¡Achish! ¿Y vos qué dijiste, que la vida era que sólo era soplar y hacer botellas? Pues ya viste chichona, que no, ¿pero ahora de qué te sirve?

Te lo vivía cantando, pero vos como oír llover, si tu Te padre fuera un atarantado que no supiera comode mujeres. Si nomás me hubieras echado el ojo cuando era patojón, si dialtiro me brotaban las hembras.

Pero vos, ishchoco sin experiencia, te fuiste Pero de la tal Gata, como si fuera la única de la enculando tierra. Ahí andabas detrás de sus naguas babeanhembra do por sus pedazos. Y ella chucana, haciéndose la dita para encularte más. Hasta que diste el piojo traino paraste.

Y yo emputado; contimás cuando la zampaste a la casa, de tu mujer, y la muy igualada me empezó a de abuelo. ¿Qué iba estar enterada ella de los trabajostratar que pasamos para tenerte?

Fijate que cuando ajustamos los tres primeros años de arrejuFijate ntados con tu nana, que en paz atoró la pared de estampitas de santos descanse, y de ella vírgenes. Ya parecía feria la babosada. Encima llenó de candelas y veladoras. Ya sentía que en unael de cuarto esas le pegaba fuego a la covacha. Puso las paredes hechas un asco con la humazón. Y reza y reza todo el tiempo. El sonsonete duraba hasta las tantas de la madrugada. Y yo soportando tamaño desvergue porque no salía preñada. Lo peor que yo bien alentado y pollón, con la babosada como brazo de santo.





Y nada. Para mientras ella chupándose como planta reseca que no echa flores.

Diez años, quince, y nada. Al fin de las cansadas se hartó del santerío y lo tiró a la mierda todo; le pegó fuego a las imágenes y me dijo que nos juéramos a ver al brujo. Y ahí fuimos.

No paramos hasta llegar. Quién quita, decía entre mí. De entrada el muy cabrón se puso a hacerle unos pases por todo el cuerpo con manojos de chilca y apasote; después le pasó sus manotas shucas por todo el cuerpo. Si vieras la encabronada que me pegué cuando el hijueputa le tentó sus partes. Pero no dije ni droga. Sólo faltó que la montara, pero ahí anduve ojo al cristo, no fuera a ser el diablo. Y nada en dos platos.

Andaba bien decaída la pobre. Un día de esos lo mandó a la chinilaria con todo y chilca. A todo esto ya me andaba dejando gafo porque de cada idita me sacaba la marmaja de pisto. Todos los ahorros se me estaban convirtiendo en chilca y apasote. Yo calladote pero como la gran puta.

Entonces decidió entrarle al Cristo de Esquipulas. Se mercó un enclenque, lo colgó y le zampó una su veladora. Ya nada del montón de estampas y de chorreadas. Ahí se la pasaba sin resollar, con los ojos prendidos del morado y crujiendo las manos.

Y empezamos a agarrar camino todos los años para el santuario de Esquipulas. Era una aventura la babosada. Se pasaba dos meses preparando la travesía, porque desde Tulumajillo hasta allá bien hacíamos, despacito, unos cuatro días a pura pata; encima ya estábamos bien sazones. Ahí íbamos paso a paso cargados con el montón de maletías de tuza con cecina, con frijoles volteados, con plátanos fritos; con los matates de ropa y el montón de reliquias. Porque se pasaba el tiempo aperándose de candelas, de veladoras, de muñecos de cera sin cabeza y pintando un su cuadrito con un recién nacido en el centro. Y no creás, pero bien chulo le quedaba. Lo dejaba colgado en una pared del templo.





Hasta en la piedra de los compadres dejaba su octavo de guaro para ver si le hacían la cacha. Pero nada. Volvíamos a Tulumajillo todos flacos, cansados, sin tantitas ganas de enroscarnos a construirte. Ella más reseca que la tierra del pueblo. Ella no era de ahí, sino de Tulumaje, un pueblo pegado al mío. Pero no creás, los dos iguales de pobres y terrosos; un rancho por aquí y otro por allá. Y los chuchos enteleridos, en los puros huesos, yendo de la seca a la meca y late y late hasta quedarse tendidos entre el polvo donde se iban volviendo esqueletos. Ya mero le pasaba a ella lo mismo.

Fue cuando la comadre se encachimbó dialtiro y se la llevó a puros jalones para la capital dizque para que viera a un doctor que le curara su mal. Porque si por mí hubiera sido me atoro de patojos con otra, pero tu nana era la mía y había que aguantar la peña. Así que echó el viaje.

Yo no quería, pero nomás le vi sus ojos me callé el pocillo. Cuando regresó venía con la nueva de que andaba curada, y de veras, la noté bien alentada; hasta más joven se choteaba; con decirte que hasta me entraron ganas de su cuerpo después de tantos años. Hasta yo me sentí pollón y de resultas la preñé. Vos dirás. Si ya ni cabía en mí cuando le chotí la panzota. No era para menos porque yo ya rasca-ba los cincuenta y uno y todavía pegaba centro.

Le dio por andar cantando y de estar sólo risitas. Ya parecía babosa. Se la pasaba pegada al fogón sobándose la panza y canturrendo. Y con sus canas de los cuarenta y siete, vos dirás. Los chismosos del pueblo soltaron la bola de que no iba a poder porque ya estaba muy vieja, pero qué, si a los nueve meses soltaste la chilladera. Imaginate si no se iba a notar que te lleváramos el tanatal de años. Y esa Gata va de tratarme de abuelo por aquí y abuelo por allá y haciendo la malobra. Decime si no era para vivir arrecho, si dialtiro no respetaba.

Yo no sé ni dónde te la fuiste a pepenar. Si no era hembra para vos. ¿De dónde?, si era una mujerota macistuda y





bien dada, canchota y con unos ojos garzos y pajuereros, como de gargajo en tuza. Siempre risueña y malhablada. De Huité ha de haber sido.

¿Cómo se iba a llevar con vos que eras todo mísh y flaquito, decime vos? Y es que nunca te lograste; estabas como ajustado con meados. Enfermizo desde chirís; nos vivías pegando unos sustos de padre y señor mío con tus calenturones. Y para más joder el pueblo shuco y pobre, donde faltaba de todo. Ya mero sentía que te nos morías a cada rato.

Pero no nos íbamos. Era como si estuviéramos hechos de ese polvo fino que se le metía a uno por todos lados, como si la tierra reseca nos hubiera formado y si nos separáramos de ella nos desmoronaríamos. Allí se quedaban todos, los abuelos, los padres, los hijos, los nietos. El cementerio polvoriento se iba llenando de cruces. Ahí se quedó tu nana. Se fue reseca más que de costumbre y un día se quedó callada y tuvimos que enterrarla. Sólo la mirabas con esos tus ojotes que te adornan la cara. Y nos quedamos solos.

Solo la Gata pudo arrancarnos de ahí. Se le zampó entre ceja y ceja que nos teníamos que ir y comenzó a sonsacarte con eso de las cooperativas. Se la pasaba con la cantaleta de que en Tulumajillo no había futuro, que nos íbamos a morir de hambre, que ni agua había, que miraras cómo andabas hecho un asco, que si no te daba vergüenza, que en Ixcán estaban dando tierras y ahí estaban las cooperativas. Total que te convenció. Y para qué quisimos más. Nada nos hubiera pasado, allá estuviéramos entre el polvo viviendo de a poquitos.

Yo tuavía le fui a dar la queja a tu nana: le dije quedito: dcclle al patojo que no se le someta a la que no está bien que nos vayamos quién sabe a dónde, que estás enterrada aquí y que es falta de respeto dejarte sola. Pero todo fue inútil, vos estabas curado, la Gata te tenía reconcomido el corazón, ya sólo tenías su voluntad. Por eso todo fue agarrar carrera y





ponerse a hacer tanates. Si no hago el mio al chile capaz me dejás tirado, pero ni modo que te ibas a ir solo con lajuerana. Tenia que protegerte. Y nos juimos. Y fue la risa llorar. No había lo que se dice nada, sólo el montarral tupido, la pura selva, y una humedad que se le zampaba a uno hasta en las verijas. Y encima nadie se acomidió con la chapeada, ni la Gata hablantina. Sólo yo fui sacando el corvo para hacer la cacha. Al rato llegaron el montón de jueranos, sus compañeros, como montón de fantasmas, que venian de todas partes a cachar un pedazo de tierra. Y vos, pasmado, haciendo todo lo que ella decía. Como si yo no existiera. Eras su sombra. Yo la tuya.

Para acabarla de joder hasta aprendiste a chupar y a soltar palabrotas. Como si vos fueras de esos. Y como ninguna desgracia viene sola el lugar se llenó de shumos que venían de huehue y de xela y la Gata rápido se hizo sus mismas, como si fueran nuestros iguales, sin ver que allá, por donde nosotros, no había de esas, y los indios por un lado y uno por otro. Y los malcabrestos comenzaron con lo de la repartidera porque la cosecha se levantaba en común y hasta el pisto era de todos. El puro comunismo la babosada.

Y vos sabés cómo es tu viejo, calladote pero ojo al cristo. Así que pensé, que miren cómo salen. Y vos como si nada, todo el día hueliéndole los pedos a la zarca, detrás detrás, repitiendo todo lo que decía. Todo malhabladote y gritón. ¿De dónde vos?, si siempre fuiste mish.

Al rato comenzaron a pasar unos muchachos meros raros, y al rato ya eran mismas de la Gata. Ahí se iba detrás de ellos la calientona. Y yo vijeando para chillártelo. Pero ni caso me hiciste cuando te lo chismié. Sólo me contestaste usté no se meta, papá, son cosas de ella. Como si no fuera tuya. ¿Entonces de quién? ¿Acaso no era tu mujer? ¿Acaso la Licha, tu nana, que en paz descansa, se fue algún día oliéndole los pedos a otro y yo me quedé tan tranquilo, pues? Hasta se me ocurrió que no eras suficientemente machito y que mejor hubiéramos parido una hembra.





No te me enojés, pero no aguantaba que tu mujer se fuera como chucha en brama detrás de los machos. Cuando volví venía más hablantina que de costumbre, como para que no, y se encerraba con vos las horas enteras. ¿Cómo podías aguantarla después de eso? digo yo. Por eso estaba seguro de que te tenía curado y te había dado caldo de mico o toloache.

Los muchachos seguían con la llegadera. Y hasta nuestra comida les daban. Si baboso no soy, y muchas veces los chotí darles sus costales de nuestro maíz, de nuestro frijol y bolsas de arroz. Y yo calladote, ¿qué iba a decir si eras mijo?

Tu mujer con ellos y vos calladote aguantándolo. Y yo también, que es lo peor. Cuando regresaba y se encerraban, pegaba el oído y me amishaba cuando hablaban y se reían y arrejuntaban los cuerpos y se gozaban y parecían felices. Pobre patojo.

Después dialtiro se jodió la cosa porque le dio por irse por días con los patojones. Entonces sí que no me aguanté y te paré el rancho, te puse pinto y parado porque la bilis se me subía a la garganta, y te dije hasta qué lindos tenés los ojos, y vos con la shola gacha, calladote, sin decir ni cuío. Sólo cuando me desahugué te me quedaste viendo con esos tus ojos que eran tu único adorno y me soltaste: usté no entiende papá, ella me quiere y yo también, usté no sabe nada de nada. Entonces te zampé tu pescozón. ¿Cómo no iba a saber si yo era tu tata? Si te desí tantos años, si te cuidé cuando chiricito meado y te alimenté y te ayudé a crecer y enterré a tu nana cuando se nos fue y me quedé viviendo para vos. Por eso te sopapié. Sólo bajaste más la shola y te diste la vuelta. Yo chillé. ¿Y sabés qué? Que nunca había chillado, ni cuando se me murió tu nana.

Y se vino el desbarajuste. Ya lo sabía yo. De repente la Gata regresó con un cuete en la cintura y camisa de hombre y bototas y te llevó aparte y se hablaron y ya no se rieron y vos muy triste y te acostaste con ella y al día siguiente,





en la madrugada, la oí reirse y como a los cuatro días llegó la tropa y yo estaba en el sembradío cuando oí los tiros y cuando me asome vide que te llevaban arrastrado y vos gritando: no te voy a traicionar, no me van a sacar nada estos hijos de puta, no tengás pena, amor.

Hasta entonces comprendí cuánto la querías. Y supe que eras un hombre, un hombrón con ese tu tamañito, y ya no supe de mí, y cuando desperté estaba la Gata acariciándome y diciéndome despierte abuelo que se va a venir con nosotros y yo tampoco tuve voluntad ante ella y con estos setenta y ocho a cuestras agarré camino detrás y nos venimos por cordillera y me dejaron aquí, del otro lado, donde estos indios igualados me cuidan y yo me la paso platicando el santo día con vos, contándote mis penas, porque has de saber que no te moriste, sino que te convertiste en esas montañas y ríos y árboles y celajes de allá de mi tierra y que en vos me van a enterrar cuando me muera. Ay mijo.

México D. F., 1986.







PEPITO

Fijate que hay veces que pienso que hay gente que nació torcida. ¿Para qué nacer así, decime, si sólo viene uno a llevar verga? Hasta el chucho lo para meando a uno. Sólo fíjate en mi. Y para acabarla de amolar me zampan ese maldito apodo. ¿Vos sabés que la mayoría no sabe ni cómo me llamo? ¿Vos sabés cómo me llamo? ya viste, vos tampoco. Y los muy zánganos me clavan pepito sólo porque soy chaparrito, espinudo y charadero como el de los chistes. Y para qué quise más con el bendito pepito por aquí y pepito por allá, que vos pepito contate un chiste de pepito. Y yo como la chinilaria todo el tiempo pero pelando la mazorca para no echármelos encima. Lo más pisado es que me fui haciendo al apodo y sólo me la pasaba contando chistes y cagado de la risa. Ahora clavado en esta silla de mierda ya parezco un chiste cruel de pepito. Y lo que es la vida, fijate que cuando el accidente todo se me había emparejado. Pero siempre el maldito guaro que le tuerce a uno la vida. Ya ni me acuerdo porqué comencé a chupar, fijate. Ha de haber sido para zafarme de mi mamá que siempre la tenía en la nuca con sus recomendaciones: que pepito hacé esto, que pepito hacé lo otro, que movete para acá, que hacé las cosas así o asá, que pepito no chupés tanto. Era una calilla la vieja. ¿Y podés creer que hasta ella me trataba por el apodo? Esa mierda sí que era el colmo. O tal vez me agarró por chupar porque no tenía amigos y nadie me agarraba en serio. Desde la primaria me comenzaron a sopapear por cualquier cosita,





como era el más enano de la clase me agarraban de alzo; talvez por eso comencé a contar chistes, para que se rieran y no me chingaran tanto. En la secundaria y la universidad fue tantito peor. Con decirte que nomás me vieron en la facultad me zamparon de rey feo. Entonces, en una de esas que hubo chance, me colé en una beca para La Habana, pensando que como allí ni me conocían no me iban a chingar tanto. Pero al cacho cayeron el montón de chapines y al rato todos los latinoamericanos me decían pepito. Mirá pues. No te digo. Si sólo faltaba que me meara el chucho. Por andar en esas ya ni me gradué y la fui a tener a Londres, pero tampoco los chelones me dieron carreta; ha de haber sido que soy mero negro y chaparrito y esos son bien racistas. La babosada es que me quedé vestido y alborotado; tanto estudiar para no sacar el cartón. Y me tuve que ir regresando para allá sin perspectivas de conseguir un chance decente. Pero como para cuentero no me gana nadie rodé la bola que me había graduado en Londres y conseguí brete de profesor en la universidad. Además, ni falta hacía el cartón, si sabía más que cualquier profesor pendejo de esa mierda. Y me puse a escribir textos para la universidad, vos dirés; había que hacerle la cacha para imponerse como teórico marxista. Pero qué, si al rato comenzó la chingadera; fijate que inventaron que escribía esas babosadas para bañarme en pisto, que yo era un oportunista, un aprovechado, que eran puros fusiles, que con mi planta qué iba yo a saber de todo lo que escribía, que mejor escribiera chistes, y se volvió todo cagadera de risa. Todo eso me ha de haber vuelto fuerzero. Agarraba rifas de más de una semana y ya me pelaban la riata la casa, el trabajo y mi mamá. Y la vieja chinga y chinga cuando me veía ir a la tienda por mis cutos: mirá en qué estado andás mijo, ya ni la amolás, parecés charamilero, ya parala que te van a quitar el trabajo y de qué vamos a comer, tené consideración. Más ganas de chupar me daban con la cantaleta de la vieja; ganas de ponerme hasta los toles, como coche. De repente averiguaron





en la facultad que todo era cuento y no sólo me echaron a la mierda sino que se ofendieron porque los había tenido bien baboseados. Al rato comenzó la charadera y donde los encontraba, comenzaban con qué pasó pepito con tu título inglés, en una de esas te hacen hasta lord, ¿qué dice la reina Isabel? ¿No te ha escrito? Y yo siguiéndoles la corriente, vos dirés, y también me cantaba de la risa pero mentándoles la madre por dentro. Entonces agarraba la chupa. Al rato me conseguí un buen chance porque mis escritos me habían hecho un campito y la cosa se puso peor porque entonces me tiraron la chibola de que me había volteado, de que era un traidor, que me había vendido y me había vuelto reaccionario, que me habían echado de Cuba por oreja, y a saber cuántas mierdas más. Vos dirés, no perdonan esos pisados. Son como el chucho del hortelano, ni comen ni dejan comer. No sale con ellos, lo quieren ver a uno muerto de hambre, y si uno se las espanta le tiran la chibolita para desprestigiarlo. A resultas de todo eso agarré una fuerza maciza y en una de esas me fui a hacer poporopo. Ni sentí el morongazo, vos dirés, de la gran pichinga que llevaba. Bien dormido iba y cuando vine a sentir, pum, el vergazo que me despabiló de un solo y cuando quise moverme tenía la columna hecha tres pedazos de mierda. Imaginate qué mala leche. Los primeros días fueron terribles. No se los deseo ni a mi peor enemigo. Me la pasaba chillando e intentando mover siquiera un dedo del pie, pero qué, naranjas agrias, estaba más Ucso que un palo. Y encima la calilla con la cantaleta: verdá que te lo dije, pepito; si te lo vivía cantando que eso del guaro iba a parar mal ¿y ahora qué vamos a hacer, de qué vamos a vivir? Vos lisiado y yo cada día más vieja. Si es lo que te digo, que hay gentes que nacen torcidas. Mejor hubiera palmado en el accidente, ¿para qué quiero la vida así, decime vos? Pero tuve que sobreponerme y seguir viviendo. Me pasé los días, las semanas, los meses en la terapia; aprendí a manejar las muletas y luego los bastones para caminar, porque pedí que





me soldaran la columna y los tobillos para no doblarme. Y a comenzar de nuevo. Todo el día escribiendo, enviando el trabajo a todos lados para que me rechazaran la mayoría. Y me fui resignando. ¿Qué podía hacer, decime? Y aunque no lo creás, de verme en esos ticoles mi mamá se fue ablandando, hasta me traía mis octavos para la nohecita, y cuando se iba a echar me zampaba mis riendazos hasta que me quedaba dormido. Y me fui encogiendo, las canillas se me pusieron como palillitos, puros trapos cenizos. Y la cabeza, mirá, se me puso completamente blanca a los treinta y ocho, imagínate. Lo peor fue el pipiriche, que se secó dialtiro; sólo servía para que entrara la sonda por la que salen los meados sin control. Quedé sembrado para siempre en este potro maldito. Y así me amenazaron de muerte ¿podés creer? Si hasta parece un chiste cruel de pepito. Cuando menos me lo esperaba llegó la vieja toda arralada con una lista de condenados por el ejército por subversivos peligrosos. Y ahí estaba mi nombrote; ahí sí, bien claro, sin el apodo. Yo clavado en esta mierda y ellos acusándome de peligroso. Una mierda surrealista. Esos chafas ya no tienen ni madre. ¿Decime si no es para cagarse de la risa? Así que la doña se puso en el avispero para sacarme del país. Yo insistía en quedarme, si al cabo estaba medio muerto, pero ella se impuso, como siempre.

¿Por qué jamás podría deshacerme de ella, decime vos? ¿Qué desgracia más grande puede haber que vivir con la nana en la nuca para siempre? Vaya que no me volvió mamplo, decí. Y para acabarla de chingar me saca para Nicaragua. Según ella aquí me iban a recibir con chinchines y canchinflines. Y ahora mirame, loco con este maldito calor e incrustado en esta silla sin trabajo y aislado por la comanchería internacional. Porque ahora dicen que soy contra, que me vine a orejear, que soy un oportunista que anda viendo cómo consigue chance por lástima. Y como aquí se vive la paranoia total ya casi ni me hablan. Si no fuera por este chinito que me dio posada ya hubiera reventado en





medio de las cuatro esquinas de la calle. Y así me la paso, amarrado a esta mierda, recibiendo las medicinas y los centavos que me manda mi mamá, haciéndole la malobra al chinito, con una soledad que me seca el alma y este cuerpo que no sirve para ni mierda y este amor que nunca pude darle a nadie y esa burla y esa desconfianza que me destrozan. Y encima lejos de mi país. ¿No creés que lo mejor que puedo hacer es mirar fijamente el horizonte de esta ventana mientras con esta hoja de afeitar me abro, poco a poco, el vientre insensible y voy haciendo herida a herida mientras la sangre escurre sobre la silla y me hago un tajo profundo en el bajo vientre y luego me corto la verga, que se desprende como guiñapo inservible, y la sangre escurre a borbotones y mi cerebro se adormece y un frío intenso me llena los brazos y en mi mente se diluye todo mi pasado y me alegro y ya no puedo recordar nada, y voy sintiendo una felicidad desconocida y un descanso incontrolable?

México D. F., 1986.







ALELUYA SIN CESAR

Cuando era niño, se pasaba casi todo el tiempo en el culto cantando «qué contento y feliz hoy se siente el corazón, quel señor vino, nuestro hermoso dios. Aleluya sin cesar, que con júbilo a Israel el señor vino ya, nuestro hermoso rey». Mientras interpretaba esas apasionadas cantatas, entraba en trance, palmeaba y sentía que flotaba.

Como resultado de esas actividades melómanas y, en el fondo, cachondas, dio, a una tierna edad, en escribir versos y en tratar a todos sus congéneres por el apelativo de hermano.

Durante la pubertad, sus ocupaciones preferidas no eran las de los adolescentes normales: por ejemplo: jugar chamuscas en la vía pública (que muchos disputaban en las calles de La Florida, donde vivía); aprender a fumar; cantearse a su prima para ver si le lograba tentar las tetas; o ir a apedrear las ventanas de la casa parroquial para emputar al cura católico, como hacían sus hermanos en Cristo; sino que las tardes se las pasaba en el culto escuchando pacientemente las peroratas interminables y confusas del pastor.

Era tal la alegría espiritual que le producían aquellas desalmadas descargas de citas bíblicas con sus consecuentes y aberrantes interpretaciones, que llegaba el momento en el que, entrado en un trance cuasi catatónico, sentía una inclemente parazón de verga. Cosa que no le producía ningún sentimiento erótico, sino sólo un posterior e intenso dolor de testículos.





Con el tiempo, la ascendencia que sobre él ejerció el pastor (cualquiera que éste fuera), se le convirtió en una irrestricta y mística adoración al poder representado en la idea de Dios. Gloria a Dios, hermano, repetía, invariablemente, como saludo.

Esas alarmantes ideas de dependencia espiritual y de autosubjugación lo colmaron de una intensa placidez, que luego se le convirtió en un platónico amor a la humanidad. A tal grado llegó ese desborde de cariño, que en compensación le dio por poseer toda clase de animales a los que apapachaba y hacía versos; lo que se dice un vulgar Francisco de Asís, en el que no creía porque su secta abjuraba de la iconografía pagana católica.

Fueron años ascéticos que constituyeron el sustrato de una religiosidad que penetró en lo más profundo de su subconsciente.

Con el tiempo debió asumir las tareas y costumbres laicas que tanto pesar le causaban: estudió contaduría; tuvo un par de traídas a las que inocentemente sólo tomaba de la manita; se fumó, sin aprender, unos sus cigarritos y empezó a leer, por exigencias del estudio, la teoría de la plusvalía. Con ello descubrió que el mundo en el cual vivía era desigual e injusto, y que Dios no había hecho ninguna obra perfecta, cosa que le causó profundo estupor. A consecuencia de tamaño deslumbramiento, y asumiendo que tal estado de cosas debería cambiar, pero no por sí solo sino por la voluntad y empeño de seres superiores, se dio a buscar corporaciones de hombres predestinados y mesiánicos (que no encontró en su iglesia, por supuesto).

Durante el tiempo de su búsqueda, su espíritu fue ocupado por un desbordado deseo de sacrificarse por su prójimo. Ese incipiente masoquismo se vertía en largas tiradas literarias: escribía cataratas de versos con temas bíblicos pero con tendencia, según él, a la solidaridad humana y al rescate de los desvalidos (poesía social, que le dicen).





En ese camino del señor fue que, un dichoso día, como un nuevo Saúl, encontró la luz. Alguien, malcabresto, malentrenado y astuto, vio en él a un futuro mártir de la revolución y, ni tardo ni perezoso, le imbuyó ideas subvertoras en contra del reino de este mundo detentado por los ricos, los poderosos y los militares. Por esas inextricables vías de la búsqueda de la comunidad cristiana primitiva fue embarcado en una organización insurreccional que promovía un indigenismo a ultranza, medio racista, y una vuelta a la vida de las catacumbas. Aquellas esotéricas e irresponsables ideas propiciaban que la shumada se enganchara en bolá para ser dirigida por un grupito de taimados ladinos que, desechando la lucha de clases, propugnaban un enfrentamiento racial. Por lo demás, el jefe supremo de aquella pandilla de aventureros era blanco, barbado, calvo, alto y corpulento; perfecto sustituto de los conquistadores y de sus símbolos.

Nuestro creyente personaje pronto se sintió orondo entre aquellos catecúmenos y se aplicó, con entusiasmo y devoción, a las tareas que le imponía su nueva condición. Leyó, con unción y recogimiento, los documentos fundantes, indio 1 y 11, como si se tratasen de nuevos dogmas bíblicos, con lo que llegó a la conclusión de que la cultura ladina en la que había sido educado no existía, pero, paradójicamente, era el engendro de todos los males de su país. Según aquellos iluminados escritos, la existencia de explotadores, militares, policías y escuadrones paramilitares de la muerte, era la cochina consecuencia de la existencia de ladinos como él; por esto, y execrando su ladino origen y la tupida barba que diariamente se rasuraba, se declaró jicaque, y subió al monte dispuesto a calzar caites, vestir traje típico, usar pañuelo en la cabeza, a no bañarse y aprender lengua. Para alcanzar el nirvana total iba dispuesto a que, en no lejana fecha, escribiría poemas en kanjobal.

Nada de aquello le fue permitido; desde el primer momento, un ladino que comandaba aquella tropa uniformada





da, no con traje indígena sino, a semejanza del ejército, con traje de campaña, lo puso en cintura: le prohibió escribir poemas, le enseñó a armar y desarmar todo tipo de armamento ligero, conoció el funcionamiento de las bombas claymore, estudió tácticas militares: emboscadas, patrullaje, propaganda armada, etcétera. Después de varios meses, en los que jamás se habló del humanismo o de las razones de la revolución, se le consideró apto para entrar en acción. Por su condición de ladino letrado se le confió el mando de una patrulla de jicaques, que si bien tenían más antigüedad, conocimiento del terreno y huevos que él, no sabían leer ni hablar bien la castilla.

Inmediatamente se le asignó su primera acción de guerra: colocar y accionar varias bombas claymore en la carretera, cerca de Cantel, en el lugar por donde pasaba diariamente un convoy militar.

Sin medida ni clemencia volaron piuña medio día hacia el objetivo. Al llegar, colocaron las bombas en los sitios precisos y se emboscaron para que al reventar los bombazos pudieran iniciar la descarga de fusilería y acabar con el enemigo.

Los camiones se acercaron, la tropa cortó cartucho, pero cuando él divisó en el primer camión al oficial, con su entorchado uniforme de campaña y sus doradas barras, su irrestricta adoración al poder representado ahora en el uniforme militar, hizo añicos su decisión combativa, y amparado en las enseñanzas bíblicas, sobre todo en el quinto mandamiento, se puso las de hule.

Luego de aquella vergonzosa escapatoria preparó tepalcates y agarró viaje (sin mirar atrás para no convertirse en estatua de sal) hacia México.

Allá le dio por fumar mota, calzar caites (ahora sí) de indio, dejarse crecer una barba sucia y descuidada, no bañarse (por lo que mantenía un halo ácido y maloliente) y hablar un dialecto parecido al español. Con todo aquello pretendía expiar su culpa.





Detrás del hediondo dieron a andar una retahíla de patojas confundidas y calientes que lo creían un gurú revolucionario y a las que, sin evidente cargo de conciencia, les pasaba fierros.

A pesar del desgarrate, su espíritu caía, cada vez más, en el abismo de la culpabilidad y de la necesidad ineludible de la expiación (las taras que deja la religión son permanentes). Sus noches de insomnio eran acojonantes. El ansia de un guía espiritual era un silicio. Esperaba que alguien ordenara aquella desordenada y culpable existencia. Sin quién le impartiera órdenes no era nada. Por ese sacrificado camino de la subyugación incondicional encontró a sus antiguos jefes guerrilleros, quienes, con magnánimo gesto que decía mucho de su bondad, aceptaron que aquel irredento volviera al redil para seguir sacrificándose por la humanidad.

Floreció su cuerpo; sus mejillas se arrebolaron; vistió tacuche ladino porque sus responsabilidades al frente de la prensa insurgente lo exigían; de nuevo, su ascetismo dio pruebas de una disciplina monacal y se postró incondicional y ciegamente ante la superioridad.

Poco le duró el gusto. En el momento menos esperado lo echaron a la calle sin preguntarle si tenía qué comer al siguiente día. De nuevo la flagelación de cantina en cantina; de nuevo la figura dasastrosa y maloliente; de nuevo la prez en silencio.

Ya sin esperanza fue llamado al redil y tornó su ejemplar conducta. Sólo que ahora en puesto de ínfima categoría para probar y acendrar su humildad cristiana.

Con el tiempo renovaron la expulsión. Con el tiempo lo acogieron. Cada vez más humilde y resignado. Luego lo echaron y lo llamaron, y así hasta la consumación de los siglos.

Su virtud y su abnegación son ejemplares.

México D. F., 1987.







LA SIGUAMONTA

Estaba sentado en una banca del parque Morazán leyendo *Por el camino de Swann*, cuando la supo parada frente a él. Le dio una rápida mirada y volvió a la lectura.

Estaba embebido. Los árboles del jardín, en Combray, lo rodeaban. La ceiba centenaria que tenía enfrente, en el centro del parque, se le figuraba la torre de San Hilarlo vista desde el ferrocarril. Así que no le dio importancia a la cabellera fina, larga y tupida que le había culebreado a dos pasos de donde estaba sentado.

La tarde estaba tibia, pero del norte venía un vientecito frío que se le metía por los ruedos del pantalón y le enfriaba las canillas y los pies.

Todos los atardeceres, luego de levantarse al mediodía, bañarse y desayunar-almorzar, hacía lo mismo. Un calor soporífero lo despertaba con la boca pastosa y los párpados pesados. El sol, en el cenit, calentaba las láminas del tejado y lo obligaba a moverse. a su pesar con los ojos escociendo del desvelo.

Durante las noches, como alma en pena, deambulaba por el barrio de Jocotenango fisgando lo oculto por las sombras. Descubría parejas noctámbulas que se acariciaban impunemente en la oscuridad, borrachitos que trastabillaban como si equilibraran sobre una cuerda, raterillos que oteaban a través de los postigos entrecerrados de las casonas del rumbo. Nada escapaba a su husmeo nocturno.





En una ocasión, bajo el alero de la casa que quedaba frente a la esquina noroeste del parque, donde terminaba la calle Martí y una cuchilla separaba dos calles de tierra, una de las cuales terminaba en el portón de hierro de la Cervecería Centroamericana, vio a una pareja haciendo el amor de pie. Atrás, una ventana entreabierta colaba una ansiosa mirada. Ellos, en el afán de estrechar sus carnes ni la percataron.

Ésa, en particular, era una casa extraña. Sus puertas y ventanas se mantenían a piedra y lodo. Por más que inquiría no lograba saber quién o quiénes la habitaban. Sólo la sirvienta solía salir a hacer el mandado. En dos oportunidades intentó abordarla, pero su inhibición se lo impidió. Lo único que averiguó fue el apellido de la familia que la habitaba.

Como el de Proust, su asombro era minucioso. Conocía al dedillo todos los recovecos del rumbo, las tienditas, las calles, las cantinas, los lenocinios secretos, las casas y sus historias, las iglesias, los nombres de los vecinos. Vivía en una casa de huéspedes, a media cuadra del parque Morazán, en una calleja que desembocaba en la única sinagoga de la ciudad: el Maguen David.

Los sábados se levantaba temprano; le gustaba, asomarse a la ventana y ver pasar la fila de judíos que iban al templo. Lo inquietaban su estolidez, su silencio, sus miradas huidizas, sus gorritos en la coronilla, sus mantones blancos sobre las espaldas dobladas, sus caras blancas y sus pelos rojizos o rubios; las mantillas albas de sus mujeres que marchaban despacio atrás de los varones con la mirada prendida al suelo, las proles inmensas correteando a media calle. Satisfecho de su inspección sabatina se entraba a almorzar. Más tarde iba al cine. Usualmente al Variedades.

Entre semana sus andanzas se centraban en determinadas personas. Particularmente en un pintor que vivía frente a su casa. Era éste un hombre atormentado y demoniaco, con rostro de Tláloc, el dios olmeca de la lluvia. En su juventud fue discípulo y ayudante de Diego Rivera. Se había





matrimoniado con una escritora inglesa que gustaba del folclor americano, la que luego del divorcio se apropió de su apellido con el que firmaba sus ensayos sobre literatura latinoamericana. En aquellos días, aquel artista se había lanzado al suicidio por alcohol. Todas las madrugadas lo veía llegar descalzo, cayéndose de borracho y farfullando maldiciones ininteligibles. Se acercaba para inquirir por su salud, deteriorada por aquella locura, pero el pintor estaba lejos de reconocerlo en ese estado. Sólo a la mitad del día, cuando abría el estudio, podía visitarlo e intentar el diálogo.

El estudio era un inmenso cuarto con puerta a la calle. En un rincón, una cocinita de alcohol; en otro, un camastrón de paja deformado y una mesita repleta de trastos sucios; en el centro, un caballete, a cuyo alrededor había multitud de cuadros alucinantes, pintados con gruesos brochazos y colores fúnebres: negros, ocre y marrones, que representaban el inframundo que cohabitaba el pintor: prostitutas, cabareteras, mendigos, borrachos, barriadas miserables, rostros patibularios, muchachas vulgares. Según el atormentado creador de aquel infrahumano universo, el expresionismo más decantado era su forma de vengarse de aquella sociedad que lo aislaba, ignoraba y denigraba. Bisbiseando, con los labios amoratados e hinchados por tanto licor y un discurrir lento y entrecortado, iba transmitiéndole una visión aterradora de la vida. Salía de ahí conturbado a sentarse a una banca del parque para leer.

Había penetrado un ámbito familiar y decadente descrito con minuciosidad maniaca. Odette, a medida que avanzaba la lectura, se había convertido en una obsesión. Por esa razón, cuando volvió a levantar la vista y vio que seguía parada frente a él, supo que era ella: Odette, con su pelo largo y sedoso y una mirada entre coqueta y huidiza, atrevida y tímida, que ocultaba las intenciones más oscuras contra él: Carlos Swann.

Rehuyó de nuevo su mirada, sabía lo que le esperaba de sus lánguidos modales que lo invitaban a seguirla.





Hubo de recurrir a un gran esfuerzo racional para comprender que él no era Swann, sino un joven estudiante que pernoctaba en una humilde casa de huéspedes y perdía el tiempo en lecturas decadentes, según aseguraban sus amigos en el café cuando, renunciando a su fisgoneo nocturno, se reunía con ellos en una cantina ubicada en la vecindad de la iglesia del Carmen, frente a la abarrotería Kosak, y discutían acerca de la literatura.

En esa tertulia, llamada rimbombantemente, a usanza madrileña, peña literaria, se había dictaminado que leer a Proust era una de las tareas más decadentes que se podían realizar en un país donde, era común aseverar, se mantenían una eterna dictadura y una primavera eterna.

Volvió a fijar la vista en la muchacha: era verdadera, de carne y hueso y, sobre todo, de una gran belleza. Intuyó de pronto que era la que vivía en la casa que se mantenía a piedra y lodo. Entendió que era quien había colado la mirada a través de la rendija la noche en que la pareja hizo el amor de pie frente a su ventana. Buscó sus ojos pero no los encontró: la muchacha, caminando de prisa, se alejaba sin volver la cabeza. Se levantó rápidamente y comenzó a seguirla.

Tenía el cuerpo más hermoso que el rostro. Sus turgencias, aprisionadas en un entresijo de telas, se escapaban a su pesar y dejaban entrever un par de prominentes glúteos que se movían acompasadamente.

De pronto la perdió entre los árboles del parque. La buscó en todas direcciones y al no encontrarla pensó que la había inventado. Decidió volver a su lectura y, hasta entonces se dio cuenta de que había olvidado el libro sobre la banca. Iba a volver cuando la vio caminando por una de las alamedas de la avenida Simeón Cañas y salió disparado detrás de ella.

La avenida, de casi veinticinco metros de ancho, a cuyas orillas había sendas alamedas, cada una con una doble hilera de árboles frondosos que dejaban en medio dos veredas por las que paseaban, al caer la tarde, parejas abrazadas





o ancianos, languidecía con el aire que movía las copas de los árboles. Sin embargo, ahora él no vio más que a la muchacha. No había nadie en los alrededores. En la alameda de la derecha, en dirección al norte caminaba la muchacha muy despacio pero, paradójicamente, muy rápido, porque cada vez la veía más lejos. Apresuró el paso para no volverla a perder. Cuando salió del Parque Morazán divisó en el fondo de la ancha avenida el Templo a Minerva.

No podía acercarse mucho porque podría asustarla. Pero si se alejaba podría desaparecer en cualquier momento por uno de los callejones laterales que desembocan en la avenida. Caminó aprisa hasta llegar a una distancia que le permitiera no perderla y no asustarla. Ella parecía no darse cuenta de que la seguía. Su cuerpo se delineaba bajo aquellos ropones que parecieron oscuros y gruesos y que con los rayos declinantes del sol se traslucían y dejaban entrever un cuerpo torneado, unas hermosas piernas y un talle fino.

El no era un muchacho avezado en ese tipo de aventuras. Por el contrario, sus supuestas relaciones amorosas, relatadas en la peña literaria entre grandes carcajadas y cuando los licores habían desatado su lengua y le habían hecho olvidar su soledad y timidez, se constreñían a sueños que poco a poco se convertían en realidad de tal manera que terminaba creyendo en ellos. Así, según sus contertulios, había tenido relaciones amorosas y sexuales con media docena de mujeres entre las que se contaban matronas y ínfulas provocativas. Sin embargo, él sabía que todo era producto de su dislocada imaginación, que era tímido y apocado frente a las mujeres y que, para su ignominia, era virgen a los veintitrés años. Así que la perspectiva real que le habían ofrecido los ojos de la muchacha no la iba a desaprovechar.

Los ochocientos metros que hay entre la orilla de la banqueta del parque Morazán y la entrada al Hipódromo del Norte, se habían terminado sin sentir. Acezaba. La muchacha, sin embargo, caminaba fresca y volátil. Es más, durante un instante le pareció que realmente volaba, que





no ponía los pies en el suelo sino se deslizaba en el aire. Fue entonces que pensó que podría ser un fantasma. Aquello lo detuvo de golpe. El pavor lo inundó; sintió la boca seca y unas fuertes palpitaciones en las sienes. Ella también se detuvo y volteando a medias le hizo un gesto sensual. Como resultado de aquello se olvidó de sus temores y continuó la persecución. Mientras atravesaba la explanada que está entre el Templo de Minerva y el Mapa en Relieve, sintió mojado el pantalón. Sabía de lo que se trataba. lo había leído tantas veces que sonrió orgulloso.

Sobre ambos se cerró la arboleda del fondo del Hipódromo del Norte y también la tarde: el sol declinaba y los árboles no dejaban pasar sus rayos. Al final estaba el barranco cortado a filo. Le temblaron las piernas y recordó de golpe la leyenda de la Sigüamonta, que contada por su abuela podría ser motivo de largas letanías y vericuetos, pero que llevada a su concisión extrema se reducía a la existencia de una mujer fantasma de gran belleza física que se aparecía a jóvenes enamorados obligándolos a seguirla con la promesa gestual de una apasionada entrega, hasta llevarlos a la orilla de algún barranco de los que rodean la Guatemala de la Asunción y ya ahí, en un abrazo mortal, desbarrancarlos y destruirlos como castigo a su libidiniosidad. Se detuvo. Decidió regresar. Su cerebro le ordenó detenerse porque sabía lo que le esperaba. Sin embargo, su cuerpo lo impelió, con una fuerza secreta e interior, hacia la mujer que se acercaba al final de la arboleda y a la orilla del barranco. Le faltaba metro y medio para darle alcance. Ella se detuvo a la orilla del abismo. Pudo entonces aspirar el olor a yegua en brama que emanaba de su cuerpo y decidió darle el abrazo que sabía mortal. Sólo esperaba que se volteara para mostrarle la cara de caballo que, según la leyenda, tenía la Sigüamonta, pero no fue necesario porque en el momento que él alargó los brazos para tomarla, ella desapareció en el abismo en medio de un largo alarido que lo dejó estático y con los ojos clavados en el aire.





No supo cuánto tiempo estuvo ahí parado. Era noche cerrada cuando pudo, a duras penas, regresar. Se orientó hasta la entrada tanteando los árboles. Luego no tuvo dificultad para volver, bamboleándose como borracho, a su casa, en donde cayó vestido a la cama. El sopor febril le duró dos días, durante los cuales no se movió más que para cambiar de posición mientras soñaba con fantasmas y aparecidos que tenían, todos, la cara de Tláloc del pintor borracho.

Al tercer día volvió en sí. Se despertó, palpó su cuerpo, eufórico; se miró al espejo; reflejado en él se carcajeó nerviosamente porque comprendió que era el primer hombre que había burlado a la Sigumonta; se bañó, se cambió de indumentaria, salió a la calle como a las cinco de la tarde: atravesó el parque Morazán y, milagro de milagros, en la banca se encontraba aún el ejemplar de *Por el camino de Swann*. Lo tomó y se alejó presuroso del sitio. Caminó algunas cuadras en dirección al centro y en la esquina del Parque Centenario compró *El Imparcial*. Atravesó el Parque Central, se metió al Portal del Comercio y luego al restaurante El Portal; pidió el condumio y un tarro de cerveza mixta bien helada. Saboreándola hojeó el periódico; leyó varios encabezados hasta que uno, que estaba en la parte baja de la primera plana, lo dejó frío, decía: «Encuentran el cadáver de la desaparecida». En una cerrada columna se leía a continuación: «La señorita Silvia Aycinena, miembro de una de las familias más conspicuas y honorables de nuestra capital, extraviada hace tres días, apareció hoy destrozada en el fondo del barranco del Hipódromo del Norte.

«La gentil damita, quien padecía de algunos trastornos nerviosos, por lo que sus padres le tenían prohibido salir de su casa, fue víctima de un horrendo crimen.

«Según reportes que obran en poder de la policía judicial, se tienen los datos de su presunto violador y asesino, al que muchos vecinos vieron perseguirlo a todo correr».

México D. F., 1987.







LAS BEATAS DE BELÉN

Cuando la Soledad apareció muerta nadie puso en duda quién era su asesino. Pero ninguno de los vecinos del Callejón de Dolores se atrevió a abrir la boca, no fuera su mala leche y el Tzipitío se fuera a enterar y también se los cargara.

El plebón de chuchos latiendo en la ventana del cuarto de la muchacha (el que daba a la calle), les avisó que quien enloquecía a los hombres del barrio descansaba en paz.

Sólo las viejas beatas se atrevían a despenicar el rosario de murmuraciones que, como golpes de pecho, iban de boca en boca. Hablaban quedito y santiguándose a cada diez palabras, como si las musarañas en la cara les sirvieran de defensa contra el maligno.

Al ratito apareció la autoridad: ai venía el chonte pazguato con su uniforme caqui, su correa y sus polainas cafés encima de un par de caites (ya ni gracia tenía). Lo guiaba el hermano pequeño de la Soledad que a cada rato sorbía mocos y lágrimas de un jalón.

Las viejas, ataviadas de negro como si lo hubieran maliciado, fueron formando una mancha en la banquetta que se meneaba como indio bolo, mientras chachalakeaban sin ton ni son.

Cuando la mancha se percató del chonte se expandió como aceite por la banquetta, intentando ver qué hacía al entrar o qué le decían las personas de adentro. Cuando desapareció detrás de la puerta cerrada, se esparció el ru-





mor como chapulín en maizal. ¿Para qué llamar a la jura si dónde que iban a capturar a un aparecido? Díaltiro era una embelequera doña Refugio, su mamá de la Soledad. Sólo iba a poner en boca de la gente los asuntos del callejón.

Todas asentían en silencio mientras se santiguaban tres veces besándose, al final, el envés del pulgar.

Después del alebreste se quedaron un rato como en remojo: mirándose sin abrir la trompa; luego, todas volvieron al chismorreo, la alegata, el argüende, como bandada de zanates maiceros.

Todas coincidían en que «no se puede tocar a dios con las manos sucias» y en que «con el enemigo no se juega». La honra de la Soledad en las trompas del viejerío quedaba hecha chirajos.

Cuando doña Chon, la más lisa y peladora, dijo que la patoja era la única culpable de su desgracia porque «ai andaba de bisbirinda desde chiricita detrás de la patojada» y que era tan cusca que «se le aventaba hasta al peor chunero», aquello fue el avispero.

Unas, las más recatadas y cachurecas, intentaron una defensa por aquello del qué dirán y porque doña Refu era su comadre, pero fueron arrasadas por las evidencias de primera mano que se encargaron de presentar a sotto voce, como si rezaran, doña Amelia y doña Chus. La primera arguyó que la difunta había encanchinado a su patojo con sus caídas de ojos y que cuando lo tuvo bien colgado le quemó el rancho, y que a resultas de aquella traición su muchacho había agarrado fuerza. "Él, que jamás se echaba un trago», concluyó. La segunda dijo que su patojo había dejado de estudiar en el instituto «a punto de recibirse de bachiller», acotó, para buscar oficio y poder cargar sus lenes entre la bolsa y poderle dar sus gustos a la patoja que ahí anduvo «luciendo con sombrero ajeno», comentó. Cuando se cansó de él se consiguió otro con más pisto y lo dejó chiflando en la loma, a resultas de lo cual su muchachito se quedó todo turulato, como que le hubieran dado leche de cocha.





Entonces todas dieron su aprobación y decretaron disoluta a la muchacha asesinada y miraron, primero de reojo y luego con descaro e insolencia, hacia la puerta, cerrada a piedra y lodo, de la casa de la difunta. Luego, volvieron a la bajadera de cuero con esas lenguas viperinas que se han de hartar los gusanos.

En éstas estaban cuando dos hombres partieron el grupo por la mitad, que se alborotó como mosquero. Pasaron sin tirarles chibola y se dirigieron hacia la casa del duelo. Uno, el mayor, vestido completamente de negro, delgado como un huso y unos quevedos que le colgaban de la nariz ganchuda, somató el tocador de bronce, imitación de una mano. El vergazo se oyó en toda la cuadra. El otro, casi de la misma estatura, todo desconchiflado y pelón, cargado con un libro de actas, se le paró detrás, esperando que abrieran; para mientras, se sacó un moco con el meñique, lo miró con desaliento y lo pegó con un gesto de resignación en la pared: Cuando la puerta se abrió la traspusieron sin decir esta boca es mía.

Para qué quisieron más las betabeles. Fue como que les hubieran echado un balde de agua hirviendo. Se dejaron ir como zancudos de costa contra el buen nombre de la familia de la difunta. No dejaron santo parado, enardecidas porque ahora el callejón iba a andar en trapos de cucaracha por culpa de la Refugio que había tenido a bien armar tal relajo que hasta el juez tuvo que imponerse de la tragedia. Si con sólo llamar al doctor y decirle que la patoja se le había muerto de amor estaba todo arreglado. ¿Qué iba a hacer el juez contra el Tzipitío? Si era como para matarse de la risa. ¿Qué podía hacer el juez contra un duende? Estaban, lo que se dice, como la gran puta.

—Y todo por culpa del enano —dijo una voz, de repente, en el corazón del grupo.

Todas se despenicaron aislando a la que había soltado la blasfemia. La miraron de pies a cabeza y después tuvieron a bien, todas a la vez, explicarle a la nía Rosita, por si no





lo sabía, que el Tzipitío no era un enano, sino un duende, un enviado del Maligno, que se dedicaba a cantinear a las patojas bonitas y cuscas que andaban jodiendo a cuanto cristiano encontraban. Agregaron que el Tzipitío las brujeaba con unas sus cancioncitas que entonaba al pie de los balcones de hierro colado acompañado de una guitarra mágica, Y que desde la primera noche de amor las dejaba como lelas, cayéndoseles la baba. Y que de tanto coger se morían las patojas. Para rematar dijo alguna: «dicen que el dios-sea-con-nosotros se aparece donde hay una patoja tan linda como ella para bajarle los humos».

Se miraron satisfechas entre sí y luego se santiguaron al unísono.

Doña Rosita no bajó la mirada. Las escuchó con un gesto de sorna y cuando se callaron soltó como tetunte:

—Ustedes tan grandotas y creyendo en esas caulas.

Cruzó los brazos sobre la bolsa y se dio la revuelta sin agregar ni negros tenés los ojos. Así se fue meneando sus carnes galanas que todavía daban ganas, aunque estuvieran escondidas debajo de esos trapos de mausoleo.

Se quedaron como si les hubieran mentado la madre. Así las cachó el cura que, acompañado de un acólito que traía el Nuestro Amo cubierto y los santos óleos en la otra mano, caminaba, somatando la sotana como vieja habladora, directo para la puerta de la casa de la difunta.

Las viejas pusieron los ojos como platos.

El ensotinado matusalénico las vio como ver mierda y saludó, bajando la cabeza, a doña Refugio que lo esperaba con la puerta abierta. El acólito, antes de entrar, se volteó, apenas, para hacerles un gesto de burla a las beatas, que sintieron un guacalazo de agua sucia en las jetas. Luego la puerta se volvió a cerrar a piedra y lodo.

No se habían repuesto del vergazo, cuando un carruaje negro, tirado por dos caballos, se metió por la bocacalle empedrada del Callejón de Dolores. Los cascos de las bestias chispearon en los piedrones mientras sonaban a gra-





nizo en lámina. Al llegar frente a la casa de la difunta, dos hombres barbados, macizos y vestidos con overoles, se bajaron, abrieron la puerta trasera del vehículo y sacaron un catafalco blanco, que cargaron hasta la puerta. Entraron. Todas las mujeres se acercaron a atisbar por las ventanas, santiguándose.

Se empujaban unas a otras para ver mejor. Las que estaban hasta adelante informaban a la cofradía de lo que sucedía adentro: «Doña Refu está chillando como Magdalena. Ay, pobrecita, qué cruz la que le fue a tocar a la pobre. No empuje, doña Chon. Entonces déjeme echar una choteadita. Ya le va a tocar. Para todas da dios en no arrebatando». Los hombres del carruaje salieron y sacaron del vehículo cuatro candelabros grandes con sus respectivos cirios, los entraron y regresaron por varias canastas llenas de cartuchos blancos. Al ratito, las puertas de la casa se abrieron de par en par y los hombres colocaron en el vano una cortina blanca. Luego se metieron al vehículo a esperar.

Las mujeres miraron la cortina con la boca abierta, se observaron entre sí. No sabían para dónde agarrar. Alguna preguntó «qué hacemos». Pasaron varios minutos de duda y silencio, de pronto se destacó una voz gangosa:

—¿Cómo que qué hacemos? Pues cumplir con nuestra cristiana obligación de consolar al doliente. Hay que acompañar a doña Refu en su sagrado dolor.

Desparpajadas, como bandada de cuervos, se metieron a la casa en tanto somataban las alas y cuchicheaban. Doña Rosita, que se había ido a pizuña, volada como que fuera a recibir herencia, por toda la cuarta avenida norte, cruzó a la izquierda en la tercera calle. Al llegar al costado de la iglesia de la Recolección, se metió por el callejón del colegio, abrió la puerta de una casucha y entró resollando.

Llevaba el güegüecho inflado y las manos sudando.

Entró como tromba en la cocina y aventó por allá la bolsa. Al fondo, parado frente al pollo con una chuleta en la mano, estaba un hombrecito como de ochenta centíme-





tros de estatura que la miró burlonamente con unos ojillos que parecían buzones.

—Enano hijuecienputas ¿ya te estás hartando, verdá? Ya parecés barril sin fondo, desgraciado. Hambre te hace falta para ponerte más pollón y andarte cogiendo a las patoñas creídas y supersticiosas. Lo más maldito fue que los dulces envenenados que te metí en el saco no te los hartaste sino se los fuiste a regalar a tu casera, la calientota de la Soledad. Y encima, para tu buena leche, las viejas embeleque- ras y cachurecas con la bola de que fue el Tzipitío el que se quebró a la patoja. Si no fuera por esa canilla de burro que te cuelga entre las otras dos, orita mismo te chillaba con la jura. (Se comienza a desguajar). Venite pues, vení a cumplir con tus sagradas obligaciones, resebón.

México D. F., 1987.





EL TIEMPO AGOTADO

Las escaleras eléctricas subían sin detenerse. Todo lo que se colocaba en el primer escalón quedaba atrapado y subía junto con ellas. Puso el primer pie y luego el otro. La escalera se la llevó. Subía. Sus manos delgadas y blancas, con las uñas largas y rojas, contrastaban con su color moreno. En su cara ya no estaba yo. Era como si ya me hubiera olvidado, o nunca hubiera existido. Sus ojos ya estaban en el futuro. Ése ya no lo compartiríamos. Yo quieto. Inmóvil. Mirándola. Quise gritarle que me mirara, que recordara. Me quedé en silencio.

La escalera subía despacio, con un zumbido monótono y sordo. Por mi memoria pasaba el tiempo a latigazos violentos, las imágenes descoyuntadas, los olores, los sabores, los humores que esos trozos de metal conducían a lo desconocido. En ese instante todo empezaba a convertirse en recuerdo y aún tenía en mi piel su calor, su olor, su sabor. Sin embargo, no sentía nada. Era como si de pronto la hubiera arrancado de mí. No sentía nada. Su cara sin lágrimas me miraba desde el vacío, como instalándose en un compartimiento secreto que yo no podría compartir jamás, en el cual yo no existía. Desde que iniciamos el camino al aeropuerto se fue desprendiendo de lo que habíamos vivido y compartido, se fue convirtiendo en otra, lejana, ajena, en una máscara maya de piedra. Cuando entramos al taxi, enfrente del parque de San Jacinto, ya no la encontré. Nos sentamos en el asiento trasero del auto. Antes, metí las va-





lijas en el baúl. Nadie habló desde entonces. Me fui metiendo, conforme caminaba el carro, en un paquete de algodón en donde todo estaba flojo: las pasiones estaban ya referidas al pasado, eran parte de un pasado inmediato, pero sólo eran eso: pasado. Ninguno de los dos quería saber ya nada de él. El taxi se endedaló en San Ángel, camino del Periférico. Ella, en el otro extremo del asiento, ya lejos física y afectivamente de mí, miraba hacia afuera grabándose el camino, los objetos, las personas, para recordarlas en el futuro en el que yo ya no estaría. El reproche flotaba pero no tomaba cuerpo. Quién era el culpable de esa separación definitiva. Quizá ambos. Quizá nadie. Tal vez ambos lo supimos siempre. Siempre estuvimos convencidos de ello. Desde el primer momento. Y ambos lo aceptamos como parte de la magia que vivimos. De la fantasía que aceptamos compartir. Cuando entramos al Periférico alargué la mano y la puse sobre la suya que estaba sobre el asiento, ausente y fría. No pasó nada. Era la mano de un muerto. Los canales que nos habían unido, los vasos comunicantes por los que nos transmitíamos la vida, ya no existían. Era el contacto de dos pieles desconocidas; antiguas en la ausencia. No podía comprenderlo, pero yo también lo sentía. Esa inaprensión estaba hecha de reproches, de despedidas, de desolaciones aprendidas durante el tiempo común. Yo entonces comenzaba a regresar al lugar de donde me había ido para vivir con ella. Las renunciadas se habían definido la noche anterior, cuando sentados alrededor de una mesa en El Tenampa, frente a un par de tequilas, oyendo los mariachis que tocaban su canción preferida, se me quedó viendo en silencio. Supe entonces que ahí abandonó la lucha que tenía perdida de antemano. Antes de nacer. El carro rodaba silencioso entre la bruma de la mañana. Zafó su mano y el silencio se espesó. La escalera siguió subiendo. Se había agotado su tiempo. El aparato era inflexible con el recuerdo. Su cara comenzó a desaparecer. La escalera siguió dando vueltas pero regresó sin ella. Yo seguí ahí parado un





buen rato, esperando sin esperar, con la certidumbre de su ausencia para siempre. No sentí cuando el aire frío de la mañana me golpeó la cara al salir del aeropuerto de la ciudad de México.

México D. F., 1989.







MEMORIAS

En el fracaso, en razón de su misma nobleza y de su insobornable integridad, aparece la máxima medida del hombre.

MARÍA ZAMBRANO

Un día decidí no volver a hablar.

Me senté a mirar el horizonte y enmudecí.

Sólo abría la boca para papar moscas, roncar e ingerir mis alimentos. Tomé esa resolución porque comprendí que, luego de lo que me había ocurrido, no valía la pena comunicarme con el género humano.

A mi perro le gruño y me entiende.

A los hombres se cansa uno de explicarles y jamás lo hacen. Así que cerré el pocillo (como le llaman a la boca en mi pueblo). El detonador de aquella determinación fue que intentaron asesinarme.

Aquel asunto aconteció así:

Estaba parado en un andamio altísimo e inseguro, constituido por una sola tabla, contemplando, abajo, la sala de un viejo museo. En ella exponían objetos que evidenciaban el desarrollo humano, tales como barrotes para cárcel, biblias antiquísimas, el decreto de creación de la Santa Inquisición, el arca apócrifa de Noé, la carroza de César, una profusión de sofisticados aparatos eléctricos, potros de tortura del Medievo, ojivas nucleares, cámaras de gas del Tercer Reich, armas electrónicas del siglo XXI; es decir, todo por lo que la cultura humana es enaltecida y celebrada.

De pronto, aquel fastuoso escenario desapareció; en su lugar surgió un sótano inmenso y lúgubre. En medio de tal sitio había una piedra ceremonial y sobre ella un





hombre totalmente desnudo, al que tenían asido por las extremidades cuatro homínidos mientras un quinto estaba, en esos instantes, listo a partirle el pecho con una filosa piedra de obsidiana para luego sacarle el corazón y mutilar su cuerpo.

¿Cómo supe que aquello sucedería? Muy sencillo: el hombre que iba a efectuar aquella macabra ceremonia era yo mismo, que, por efectos de quién sabe qué conjuro, me había desdoblado en dos personas iguales pero diferentes.

Mi yo que observaba desde el andamio pensó que estaba bien que el encuerado fuera sacrificado, quién sabe a qué deidad, pero que no aceptaba el descorazonamiento ni la posterior mutilación.

En consecuencia, dando fuertes alaridos (como los de los karatecas cuando se disponen a partirle el pocillo a un semejante), corrí hacia el lugar de los hechos. Ante mis gritos el grupo de oficiantes huyó despavorido (en cuenta mi otro yo, que desapareció para siempre). no sin antes haber abierto el pecho de la víctima, que se desangraba a borbotones.

Al llegar, jalé con todas mis fuerzas la piedra y la lancé al espacio. El cadáver al caer sobre la tierra fue succionado por ésta. Sobre la superficie quedó un charco de sangre.

En lugar del muerto y de su sangre surgieron, con rapidez pasmosa, múltiples matas tiernas y muy verdes de maíz que ocuparon la extensión que antes cubriera la piedra.

Muy cansado y emocionado hasta las lágrimas, subí por una escalera de caracol. Al terminar el ascenso, en medio de una oscuridad casi total, se escucharon los alaridos coléricos de muchos hombres que corrían hacia mí con intenciones de darme muerte.

Al oír el chasquido de los tiros que rebotaban cerca de mi cabeza, huí.

Durante varios años me refugié, para escapar de mis perseguidores, en el taller de restauraciones de aquel antiguo museo. Grupos de ancianos llevaban a ese lugar los mamotretos y pinturas más inverosímiles para que fueran





reconstruidos y rehabilitados. Entre ellos recuerdo unos Mondrián, las pinturas rupestres de Altamira, una sala Luis XV, un gorro frigio, una cafetera Segundo Imperio, una estela maya, una catedral gótica, los espejuelos de Bolívar y otro montón de cachivaches pasados de moda.

Los pobladores de aquel taller eran los seres más felices e inconscientes que he conocido. (¿Será que la felicidad prescinde de todo razonamiento para poder existir? En otras palabras, ¿será que la felicidad no tiene lógica?). Como consecuencia, vivían en un estado de placidez total mientras se dedicaban, todo el tiempo necesario, a restaurar, en medio de cantos, bailes y fiestas orgiásticas (a las que por supuesto me invitaban), todos los objetos imaginables y no imaginables.

Aquellos seres maravillosos me mimaban: cubrían mi cuerpo con vestiduras romanas, me bañaban en agua de rosas brindándome las viandas más exquisitas y afrodisíacas, tales como huevos de parlama, ceviche de conchas, ensalada de cebollas, huevos de pavorreal, revolcado de cabeza de cerdo, kakik, caviar rojo y negro, calamares al mojo de ajo, vino del Rin, caldo de frutas de Xelajú y, sobre todo, comprendían mi silencio. Coexistían sin esfuerzo con él.

En ocasiones, hastiado de meses de vida regalada, bajaba con todo tipo de precauciones al vestíbulo del hotel, situado en una terraza intermedia del edificio y ahí abordaba un tren de recreo lleno de gente parloteadora y simple que discutía las cosas más disparatadas. En él escuché historias como la que se refería a la existencia, en algún lugar del océano, de una isla inmensa plagada de cocoteros, en la que habitaba un ogro descomunal que pasaba el tiempo en el hartazgo y el himeneo, mientras vigilaba, con el ojo único que tenía sobre la frente y que emitía un rayo escudriñador y destructor, a los enanos sus esclavos y habitantes de la isla. A la menor señal de insubordinación los pulverizaba con el rayo.

Otros viajeros, contrariados, no aceptaban esa versión de la historia. Muy dignos, establecían que la verdad era





que el cíclope láser en lugar de oprimir a los enanos los había rescatado, hacía trescientos años, de la dominación de un tiburón insaciable que los cebaba con bagazo para luego engullirlos. Decían los defensores que el ogro en lugar de alimentar a los enanos con bagazo lo hacía con promesas, las que en lugar de engordarlos los purificaba.

Siempre me confundía esa historia. Nunca me quedó claro si el ogro era un bienhechor o todo lo contrario. Con el tiempo opté por dormirme cada vez que se iniciaba la contradicción. Era una discusión babilónica.

En uno de los viajes en el tren de recreo, en los que me pasaba el tiempo oyendo historietas, comiendo y mirando la campiña por la ventanilla, la conocí. Era una mujer asiática, de piel de alabastro y cuerpo de sílfide. Tenía una mirada misteriosa que salía como llama de sus ojos oblicuos. Al caminar se deslizaba como ofidio. Sin pensarlo dos veces me fui tras ella. Descendimos en una estación que quedaba en el salón principal de un restaurante de chinos y, acompañados de un fuerte olor a wantán dorado y en el más perfecto silencio, nos perdimos por unos pasillos penumbrosos en los que sólo había unos faroles rojos de papel de china, los que al pasar nosotros estallaban en fuegos pirotécnicos; lo cual, como se comprenderá, dejaba en una total oscuridad el trayecto recorrido y hacía imposible el regreso.

Yo seguía caminando detrás de la misteriosa mujer, la que, durante el tiempo que duró la caminata, sufrió una lenta pero paulatina transformación. Su cuerpo fue adquiriendo volúmenes diferentes: sus caderas se ensancharon, sus muslos adquirieron formas más sensuales, sus hombros se llenaron de carne, su pelo cambió de color y de largo. Pero lo más fulgurante fue cuando, para invitarme a entrar a un aposento inmenso e iluminado por millones de luciérnagas, se volteó: tenía otro rostro. Sus ojos eran redondos y grandes, color de musgo; su boca carnosa; su nariz grande y delgada. En lugar de asiática parecía una hija del desierto.





Sólo le faltaba el ookal tapándole la cara. Sin decir nada la tomé de los hombros, la desnudé a tirones, la empujé sobre una montaña de almohadones, apagué con un soplido las luciérnagas y la poseí en la oscuridad profunda.

De más está decir que me instalé en su casa. Con el tiempo comprendí que no estaba equivocado al considerarla árabe y que estaba educada para satisfacer todos los gustos, hasta los ínfimos, de su señor (que era yo, por supuesto). Solía, por las mañanas, untarme el cuerpo con ungüentos afrodisíacos y perfumados; y mientras yo descansaba, luego del himeneo matutino, frotaba mis pies y mis axilas con aroma de azahares. Luego me hacía paladear toda clase de comidas fascinantes, como keppe naye, kabab, warak eenab, lahma bi ajin, kounafa, basbuza y balah. Al finalizar el hartazgo volvíamos al himeneo, que duraba hasta el día siguiente, cuando repetía los mimos y atenciones.

Aquello deleitaba mis sentidos al paroxismo. Empero, las cosas que realmente trastornaban mi razón y me convertían en su incondicional adorador eran cuatro: 1) Que mientras hacíamos el amor durante la noche, colgaba su calzón extendido frente a la ventana para que se mojara con la luz de la luna; 2) siempre andaba desnuda por todas las habitaciones de la mansión, con lo que me facilitaba desfogar mis apetencias en cualquier momento (con el tiempo me acostumbré a vivir también así); 3) que nunca sabía dónde dejaba las toallas mojadas, por lo que, casi a diario, cuando me metía bajo las sábanas encontraba toallas y sábanas empapadas; 4) que entendía todo lo que yo no decía. Es decir, establecíamos largas y sesudas pláticas sin abrir la boca; hablábamos con el pensamiento.

Esto último fue la causa (inexplicablemente) de nuestra separación, ya que la existencia de aquella inaudita comunicación entre ambos llegó a oídos de los *paparazzi* y de los comunicadores, quienes, ante la posibilidad de haber descubierto un fenómeno digno de ser divulgado por los mass media, invadieron nuestra intimidad, y decidieron





hacerme un hombre famoso; para lograrlo se instalaron las veinticuatro horas a mi lado provistos de grabadoras, cámaras fotográficas y de video, equipo cinematográfico, computadoras, guardaespaldas, etc., y comenzaron a interrogarme día y noche sobre aquel fenómeno.

Como se comprenderá, no obtuvieron de mí una sola palabra. Guardé un silencio impertérrito, tal como correspondía a mi mudez. Esto los enloqueció. Me vi abrumado por flashes, por sonido de carretes de todo tipo de grabadoras que imprimían mi silencio.

Aquello fue abrumador. Una madrugada, en la que los comunicadores reposaban, huí sin dejar rastro. Lo único que lamenté fue haber perdido para siempre a Lilith, nombre de aquella hermosa y desconcertante árabe.

Avejantado, con un cansancio profundo en los huesos, con bolsas debajo de los ojos y sin ningún cabello en la cabeza, volví, esperanzado y famoso, al taller de restauraciones del viejo museo.

Esperaba ser recibido, a mi vuelta, con todas las muestras de afecto que me dispensaron siempre los restauradores. Vana esperanza. Aquéllos habían decidido, visto mi éxito, callar para siempre y dedicarse a la vida contemplativa. Se habían acabado los cantos, las risas y las bacanales. Con un gesto hosco me indicaron un sillón viejo, sin restaurar y desvencijado, que sería, de allí en adelante, mi vivienda.

Angustiado y tembloroso, decidí que volvería a hablar, que era vital explicarles que el silencio sólo conduce a la angustia y al llanto. Me levanté del sillón y me dirigí hacia el compacto grupo que estaba en un rincón ejerciendo el silencio, alcé mi cuerpo todo lo que pude y levanté mis brazos, abrí la boca e intenté iniciar mi perorata: nada salió de ella; intenté, horas y de formas diferentes, hablar. Pero estaba vacío de palabras.

Fue entonces que decidí acabar con mi vida. No tenía sentido vivir en el fracaso. Bajé al sótano en donde, un día





lejano, un hombre que había muerto de un tajo en el corazón se había convertido en milpa tierna y verde, busqué el cuchillo de obsidiana y, antes de usarlo, me puse a grabar sobre la piedra ceremonial estas memorias.

Luego partí.

México D. F., 1989.







DESPEDIDA

Sonó el timbre del teléfono. Dejé que sonara variencor. Insistieron. Luego se cortó la llamada. Volvió a iniciarse con obstinación. Finalmente levanté y contesté groseramente. Casi siempre lo hago. De mal talante pregunté quién hablaba. Me dijo su nombre completo. Tal como yo lo había conocido. No le creí. Pensé que alguien se burlaba de mí. Me encolericé. Repitió su nombre ante mi silencio. Hacía cuarenta años que no oía su voz. Era totalmente extraña. Desconocida. Colgué. Volvió a llamar y ante mi mutismo citó fechas, lugares y hechos sólo conocidos por ambos. Caí en un estupor silencioso y luego me invadió una tonificante alegría. Como si mi cuerpo entrara en combustión. Se derrumbaron en mi interior una multitud de recuerdos que estaban totalmente borrados en mi memoria. En tanto ella inquiría con igual velocidad por mi vida en todos estos años. No respondí a sus preguntas. Sólo pregunté qué quería. Dijo que deseaba verme. Sin contestar me lo negué a mí mismo. Era como enfrentarme a un espejo sucio, empañado y viejo. Dos calamidades frente a frente. Restos de un naufragio carcomidos por el limo del tiempo. Me lo volví a negar sabiendo que iba a ceder. Los recuerdos impelen a cometer estupideces. Terminaría aceptando. Inquirí en dónde estaba. En su ciudad, respondió. Ese su, me desarmó, ahora era yo el que quería verla. También es tu ciudad. Recalqué el tú. No, respondió, hace treinta y cinco años





que vivo en un país distinto, al que ahora pertenezco. Sin más explicaciones acordamos un lugar para encontrarnos. No reparé en que conocía las señas del restaurante que le indiqué, siendo éste de instalación reciente en una ciudad desconocida para ella.

Lo primero que hice al colgar el auricular fue ir a buscar un espejo. Encontré sólo desastres que el día anterior, o más bien, hacía una hora no había descubierto. Comparé aquella imagen cataclísmica con la que recordaba, allá muy lejos, de hacía cuarenta años. No tenía nada qué ver una con otra. Era como si aquel que estaba enterrado en mi recuerdo fuera alguien desconocido, ajeno totalmente no sólo a mi figura exterior sino más profundamente a este que ahora pensaba y razonaba dialogando con un pasado desconocido. Era como inventar a alguien de la nada. El día anterior aún era yo, indivisible, seguro de ser yo ante el espejo (y satisfecho), no ese que ahora se denigraba ante el paso del tiempo. Descubrí arrugas que hacía unos minutos no existían; el escaso pelo blanco ya no era mi encanto de madurez sino mi vergüenza de mi juventud desaparecida en el recuerdo que me unía a aquella mujer. Es más, aquella mujer no era real, no podía ser real; no existía. Sólo yo la inventaba en el sonido de su voz en el teléfono y en la imagen que intentaba abrirse paso entre el fango que estaba acumulado en lo que yo llamaba mi recuerdo. Me alejé del espejo meditabundo y me palpé los brazos y el vientre y supe que yo era otro, no aquel que vivía en el recuerdo de aquella. Decidí no ir. Sonó el teléfono. Lo dejé sonar hasta que se cortara la comunicación una y otra vez. Sabía que era ella. Intuía que conocía mi decisión y que por eso llamaba insistentemente. Me levanté impelido por alguien que no era yo y que tomaba mis decisiones sin contar conmigo y me dirigí mecánicamente al garage de la casa. Abrí el portón con dificultad (de pronto todo esfuerzo físico me aturdía), me metí al coche, puse el encendido y me fui despacio hacia el lugar de la cita. Olvidé, incluso, cerrar el





portón. Me sumergí sin quererlo en su figura de hacía cuarenta años. O quizá no. Quizá ahora inventaba a alguien que no había existido y que era producto de mis fantasías eróticas. Porque si no era yo al que ella buscaba sino otro que sólo existía en su recuerdo, tampoco era ella, la de ahora, la que no existía más que en mi recuerdo. Aceptando que el recuerdo fuera eso y no una fantasía o una imaginación sin sustento.

Dejé el coche en el aparcamiento del restaurante. Iba tan fuera del que soy que no reparé en que el muchacho que me dio el boleto no me reconoció y saludó como siempre lo hacía. Era como si el que iba a la cita fuera mi fantasma y no yo. Y es que ese que vive en el recuerdo de uno mismo y rememora diariamente momentos de su vida ya no es uno sino otro que piensa distinto, que tiene otra fisonomía. Así que ese otro que era yo se paró en el umbral de la puerta de entrada del local que estaba lleno de gente y, aturdido, comenzó a buscar a quien ya no conocía. Caminé hacia el fondo buscando a una matrona gorda, cansada, con bolsones bajo los ojos y la mirada ausente de sí misma. No la encontré. Iba ya de salida para huir de aquel sueño que yo mismo había armado basado en una llamada telefónica que quizá nunca existió cuando, sentada a una mesa en la que había sólo otra silla vacía estaba una muchacha que me pareció conocida. Sus ojos parecieron venir de muy lejos no de donde estaba, como surgidos de un limo denso que poco a poco se iba aclarando, y de pronto la imagen pareció encajar en el recuerdo. Cuando se levantó para saludarlo él estaba cuarenta años atrás. Había vuelto, quién sabe cómo a mi otro yo. A ese joven que había enloquecido por aquellos ojos que pareciera que desafiaran a aquellos largos años. De pronto se sintió joven y sonriente, le cobijó la mano entre las suyas, luego rodeó su cintura que aún estaba en alguna sensación perdida de su mano; a su contacto sintió una inmediata erección que casi lo hizo pegar de gritos y la llevó hacia su silla. Se sentó abochor-





nado intentando ocultar aquella excitación que venía de cuarenta años atrás.

No era yo. Me había convertido en ese marido fugaz que ella había tenido hacía ya tanto tiempo. Sentía, como entonces, que el deseo me arrastraba sin control. Pensaba a dónde la iba a llevar para cogerla. Ella comenzó a hablar. Pero no era ella (aquella) sino ésta, la actual, la que me había citado a este lugar. Su voz no coincidía en el tiempo conjurado, era de este mundo, de este momento, totalmente desconocida, con un acento extraño y extranjero. Sentí que iba lentamente volviendo en mí al conjuro de esa voz desconocida. Ella no parecía darse cuenta de nada, hablaba en el presente de un pasado muerto y enterrado. Preguntó y preguntó sin encontrar alguna respuesta que coincidiera con el tiempo perdido en la memoria de ambos. Entonces optó por hablar de su presente. De hechos que sólo a ella le constaban y le importaban. Habló de un segundo matrimonio trágico y fallido que casi la había llevado a la locura, al alcoholismo y la drogadicción. Habló sin parar sin que yo entendiera nada de aquel muchacho niuyorquino que quedó inválido y ella encamada durante meses luego de un accidente de tránsito entrando a la ciudad de Nueva York. Yo comencé a no estar en mí, a no ser yo ni el otro, sino alguien desconocido que inventaba esta historia y que no tenía nada que ver con el presente ni el pasado de aquellos dos personajes que hablaban sin hablar entre ellos y sin entender lo que hablaban. Lejos, muy lejos, supe de una historia con un final feliz en el que aquella mujer vieja y desconocida había encontrado al fin un hombre riquísimo, judío, nacido en Estambul, que la había rescatado cuando ella alcanzaba los cincuenta y él los ochenta años y vivían ahora en el boato y la comodidad. Luego se hizo el silencio. Largo y repleto de figuras que iban y venían entre el recuerdo y la imaginación.

De pronto, al volver de quién sabe dónde, escuché claramente una propuesta: quiero que vengas conmigo;





he comprado una casa en las afueras de la ciudad y la he preparado con todo lo que necesitas; mi esposo está de acuerdo; tú llegarás cuando desees y yo iré a visitarte siempre. Sin explicármelo sentí terror. Un frío intenso me recorrió. La miré fijamente en absoluto silencio. Las palabras se me habían olvidado. Me sentí entumecido y con la lengua endurecida. Sólo mis ojos fijos en los suyos parecían tener vida. Mientras la miraba detenidamente ella se fue transformando. Con la mirada me negué. Con la mirada le dije que no sabía quién era, que no la conocía. Que ninguno de nosotros éramos los mismos de los que hablábamos sin hablar. Qué éramos dos desconocidos hablando de algo desconocido. Que el pasado estaba muerto. Que todos los pasados están siempre muertos, que no existen. Se siguió transformando. Sus ojos se abotagaron y su rostro se comenzó a pintar de arrugas; su cuerpo ensanchándose, se apoltronó y ocupó toda la silla; sus pechos y su vientre se confundieron en una masa lechosa que se desbordaba de la ropa: luego se levantó y vi sus inmensas caderas desaparecer en el umbral mientras un ventarrón penetraba por mi nariz y me hacía reencontrarme con aquel lugar y conmigo. Respiré hondo y fuerte varias, muchísimas, veces; sentí que mis brazos y mis piernas se llenaban de energía. Me levanté y casi corrí hacia el aparcadero, me metí al carro y salí sin pagar mientras miraba al muchacho correr detrás y soplar un silbato. Al llegar a mi casa cerré el portón que había dejado de par en par, me metí al salón donde escuchaba música y puse la Stravaganza de Vivaldi. Arrellanado, en paz conmigo mismo, regresé a mí, a ese que me sabía yo. Volví a mí aletargado y henchido al compás de la frescura y la brillantez de ese compositor italiano que siempre me ha ayudado a encontrarme conmigo con optimismo. Dormí como un bendito casi doce horas.

Mientras tomaba el desayuno sonó el teléfono. Levanté. Una voz de mujer desconocida. Se identificó. Pariente lejana de la mujer de la víspera. Llamaba para informarme





de la muerte de aquélla el día anterior. Colgué sin responder. Una alegría y una congoja intensas, fusionadas, estallaron en una carcajada incomprensible para él (el de hace cuarenta años) que era yo.





LA MUERTE DEL CADEJO

La ropa está tendida en el lazo, al fondo del patio. El aire la mueve y la seca. El hombre se hamaquea en la mecedora. Tiene la barba hirsuta, de días. La maleza cubre casi todo el patio. El calor es suave pero calienta el suelo y de él se desprende un vaho tibio. La cerca medianera que separa los terrenos está vieja e insegura. La mira con rencor. La ropa se balancea en el aire, él se levanta de ahí. La cerca tiene una tabla floja que se balancea, también por ahí se puede pasar fácilmente a la casa vecina. Esa tabla tuvo la culpa. Se dormita. De adentro, desde la cocina, sale un olor fuerte. Lo aspira y sonrío con los ojos cerrados. Luego dormita de verdad.

Una laja mal puesta sobre la pared se cae. Se despierta. Todo parece estar cayendo en aquel lugar. En tres días la hierba ha crecido sin cesar, ya tiene más que un pie de altura. La ropa, con las ráfagas de viento, comienza a deshilacharse. Las lajas que están sobre la pared caen. Como si todo estuviera a punto de derrumbarse. Él se mueve de atrás para adelante y ríe a momentos con sorna quién sabe de qué. Alrededor no se escucha ningún ruido, sólo el rechinar de la silla al moverse de adelante hacia atrás y viceversa. Las noches son oscurísimas y silenciosas. Entonces el rechinado parece un trueno y sus constantes sonrisas se pueden oír.

Se detiene de su continuo hamaquear y mira fijamente el horizonte. Oye venir la noche y los recuerdos. En la oscuridad los recuerdos parecen cobrar vida. Se oyen las





voces, los gritos, las carcajadas de ella en la casa vecina, al otro lado de la cerca de madera. Las risotadas de él. Hasta los besos se pueden oír. Él, que nunca oyó nada. El otro desapareció. Huyó. Nadie supo cuándo. Es como si nunca hubiera existido. Sólo sus risotadas quedaron y lo despiertan por las noches. Él nunca los oyó. Ahora los escucha juntos haciendo el amor. Se ríen de él.

Dos luces se encienden en el horizonte, en el fondo de la noche y en sus oídos se instala la música que lo obligaban a escuchar cuando era niño. Aquella abuela con la cara más clara que las de ellos, que hablaba un idioma extraño a veces y siempre la callaban. Alguien la callaba. Alguien le decía que no era bueno hablar aquel idioma allí. Y ella insistía cuando estaba a solas con él, y él sin comprender nada; y lo hacía oír unos coros en la vitrola de alguien que no recuerda pero recuerda aquella música. Sí, recuerda la música. Siempre la recuerda. La noche corre rápido y otras, no muchas, luces se encienden. Son como luciérnagas fijas que se posan en el árbol nocturno que oculta el mundo todos los días. Su silla no se detiene. Aunque a veces se detenga. Hace tres días que se mueve y el mal olor que viene de la cocina comenzó hoy. Pero no se levanta. No quiere ver. Sabe lo que es. No quiere recordar.

Si recuerda la recuerda. Y no quiere recordarla. Su rostro aparece y se desvanece y ya no sabe cómo era. La tabla floja se balancea con el aire. Lo traicionó, por eso murió. Un solo aviso hubiera bastado para alertarlo. Él nunca se dio cuenta. No se dio cuenta de nada a pesar de que ahora todo parece tan claro. El muchacho, su muchacho nació con el pelo rojo y la partera dijo que era mala suerte. Que era mal de ojo. Que no les iba a traer nada bueno a él ni al niño que nacía. Hace dos años se fue. Hace dos años que huyó. Cuando no llegaba aún a los dieciocho. ¿Lo descubriría él? ¿Vio él lo que él nunca jamás vio?

Un día no volvió. Lo buscó. Fue hasta el centro del pueblo. Preguntó. La noche cayó. Las noches cayeron y él





buscando. Jamás lo encontró. Jamás volvió a saber ele él. Fue entonces que compró la mecedora y se sentó por primera vez a mirar el horizonte hamaqueándose. El infinito creció en sus ojos. Su muchacho de pelo rojo. El de la mala suerte. El ele la piel blanca tan diferente a la de él. ¿Por qué nunca se dio cuenta? ¿Tanto la amaría que se cegó? La noche deja ciegos a los hombres. La luz desaparece. La noche es la ceguera del mundo. Nunca vio. Nunca la vio. Nunca los vio. Él tampoco. La tabla sí. Y él también. Siempre andaba detrás de ella. Por eso lo castigó, él era su mejor amigo. Pero nunca le avisó. El olor pútrido sale cuando el viento arrecia y entra por la ventana de la cocina. Él no lo siente. Sólo siente el olor pero no lo siente. Fue su castigo. La traición debe ser castigada. Dormita. La silla se mueve y él dormita. Sueña despierto.

La encontró en el camino. Traía una falda de mengala. Debió ser hace veintitrés años. Ella tenía dieciocho. Como él, el muchacho de ambos. Era bella. Se le atravesó por el camino, se atravesó en el como espina. Desde entonces no pudo hablar con su palabra sino con la de ella. El amor es estúpido pero avasalla, ciega, enloquece, adormece los sentidos. El amor es perderse en el otro. Él se perdió. No volvió a mirar por él mismo sino con los ojos de ella. Se le atravesó en el camino, en la vida; ambos cambiaron. Ahora es el camino de su muerte, de su desaparición. Cuando alguien desaparece para siempre del lado de uno, muere. Es la muerte más real porque uno no sabe dónde quedó el cuerpo. No está enterrado para ir a visitarlo. Desaparece totalmente. Muere. Los sapos croan del otro-lado de la cerca de madera. A él le gustaba hurgarlos por las noches. Levantaba las piedras y los aplastaba. Luego huía. Por la mañana miraba sus cuerpos destrozados. Él murió de verdad, desapareció, no sabe dónde está su cadáver o si de verdad está muerto. Un día lo buscó. Lo buscó un día, varios días, varios meses, varios años, hasta que comprendió que se había ido, que había desaparecido, que había muerto,





que su pelo rojo jamás volvería a tenerlo entre sus manos, entre sus dedos, acariciándolo. Ya no recuerda, ya no lo recuerda, ya no sabe si realmente tenía rojo el pelo o si él lo inventó hace tres días. Desde entonces lo piensa con el pelo rojo como el del hombre de la casa vecina. Ese que también desapareció. Nunca lo vio. Siempre supo que estaba, que ahí vivía un hombre extraño al que le huía la gente del pueblo y que le llamaban El Rojo. Pero nunca tuvo la necesidad, la curiosidad de buscarlo. Quizá si lo hubiera hecho hubiera encontrado en él el rostro de su muchacho. Pero el que nada debe nada teme, como decía su madre. Y él no temía. Estaba seguro. Sus sueños eran reales. Era como si llegara la felicidad. Todo comenzó a desmoronarse, a cambiar de piel cuando su muchacho desapareció. Su muchacho que según él tenía rojo el cabello. Ahora ya no está seguro de nada. Lo tenía como la luna que empieza a salir, que se encumbra sobre la noche como escalándola. Poco a poco la ve aparecer detrás de los árboles. El primer día que se sentó ahí se asustó cuando por encima de la casa grande, esa que está en las orillas del pueblo, vislumbró sobre su techo una masa rojiza que lentamente se convirtió en un disco brillante, inmenso, con multitud de rayas encima que se fue quitando conforme subía. Era un disco rojizo que nacía de los techos de esa extraña casa. Hoy ya no está saliendo completa. Está como si hubiera sido golpeada del lado derecho y se estuviera convirtiendo en un gran huevo rojo.

Cincuenta y cinco años y se siente un anciano. El siglo está terminando. Quizá no dure mucho, quizá no llegue al otro siglo que comienza en tres años. Cincuenta y cinco años. De veinte llegó aquí, a la frontera, en el 62, cuando su padre huyó de la costa arrastrando con él a la familia. Siempre ha pensado que el muchacho, ese muchacho, ese que ya no es su muchacho, ese que se convirtió en algo inexistente, ese que fue sueño, había cruzado la frontera y huido hacia ese país al que nunca ha llegado él. Nunca, en estos treinta y cinco años, ha cruzado esa cercana línea que





lo lleva a uno a otro lugar que no es el de uno. Él quizá la cruzó. Pero antes cruzó una frontera más oscura. Ahora, sabe cuál. Esa frontera entre la realidad y los sueños. Del otro lado de los sueños están ahora él, el muchacho, y él, el que está sentado en esa mecedora mirando con intensidad la luna.

Nunca se dio cuenta de su existencia. Pero ahora recuerda que El Rojo llegó poco después de que él se casara con su mujer, con esa mujer, a la que desde joven apodaron La Gitana. Llevaba falda de mengala y un pañuelo atado a la cabeza. La vio venir por el camino, corriendo. Huyendo quizá. Ya no pasó de donde él estaba. Ahí quedó. Hace veintitrés años. Él tenía treinta y siete y ella veintitrés y huía. Nunca supo de qué. Nunca quiso decirlo.

La luna salió más hacia la izquierda y ahora comienza a ponerse blanca. Está limpiando su rostro. Él mira hacia arriba. Siente que el viento se bifurca entre sus piernas. Siente el olor pútrido. Se hamaquea con desesperación. No quiere seguir pensando. Quiere dormir. Quiere dormirse largamente. Quiere hundirse en esa ciénaga de paz, de olvido. Quiere dejar de pensar. El cerebro no se detiene, es una máquina imparables que tritura imágenes que vuelven a aparecer una y otra vez y vuelven a ser trituradas. Quisiera que algún día se detuviera, que ya no lo obligara a sentir o a recordar. El cerebro es una maldición. Una tortura. Cuando se comienza a pensar es que la vida comenzó a volverlo a uno su esclavo. La luna alumbra a pedazos y el olor pútrido sale intenso. Su cerebro lo capta. Las sensaciones lo ocupan. Las manos aún lo sienten. Vuelve a sentir su aullido agónico entre sus manos cuando apretaban su pescuezo; sus orejas siempre erguidas se desplomaron cuando la vida lo abandonó y su cuerpo peludo pareció desintegrarse en el aire. Él fue el culpable. Él era el encargado de vigilarla y lo traicionó. Fue su cómplice durante todos esos años de mentiras. El olor pútrido lo ocupa, ocupa su cerebro, y él sigue moviendo la mecedora sin pensar.





¿Cuándo lo supo? ¿Cuándo el hombre de pelo rojo desapareció? Ella entonces ya no fue ella. Ella también desapareció de sí misma sin moverse de frente a sus ojos. Siguió haciendo el quehacer como autómata. Se movía de un lado a otro sin hablar. Y él detrás como su sombra, siempre cuidándola, su cómplice. Hasta que un día sintió la piel de su soledad y comprendió. Entonces la enfrentó durante días hasta que se encontraron de nuevo. Como en el camino. Huyendo. Entonces habló. Hace tres días. La castigó. El olor pútrido llena la casa, la noche, los árboles, la luna. Él, sentado en la mecedora, se balancea sin cesar.





EL INSTANTE DE LA MUERTE

Estaba sentada, mirando al vacío, cuando sintió que alguien le ponía la mano en el hombro. Era él. Siempre lo hacía. Como si la pusiera sobre el lomo de un perro. Volteó la cabeza y lo miró. Él sonrió a medias, como arrepentido. Sintió un hueco en el estómago. No le gustaba su inseguridad, su actitud lastimosa, servil. Prefería en un hombre la insolencia, la audacia, incluso la abusividad. Pero éste parecía temerle. Su inseguridad la ponía insegura y su estómago protestaba. Era como si el asco se levantara del légamo y la invadiera, se le untara en toda la piel y penetrara por los poros hasta el estómago. Su mirada sobre él fue indeterminada, abarcó todo su cuerpo y no lo miró. Era como una sombra, Buscó sus ojos y fijó su vista en ellos; eran pequeños, rasgados, insignificantes y perrunos. Como que estuviera implorando un bocado. Sólo le faltaba la lengua babeante, de fuera. Su mano quemaba su hombro. El cuello le dolía por la posición. Volteó hacia el frente y miró el árbol que se mecía con el viento. Se balanceaba de un lado a otro. El viento jugueteaba entre sus ramas y ululaba quedo, como un lamento. El ciprés floreaba; estaba lleno de semillas redondas y olorosas. Al rato todo el suelo estaría invadido por ellas. Aspiró el aroma tan profundo, que le quitó momentáneamente la sensación de asco. Respiró fuerte de nuevo y se sintió con fuerzas para negarse. A su alrededor todo parecía silencioso. Intentando distanciarse de donde estaba percibió lejanos sonidos, indeterminados,





que poco a poco adquirieron consistencia. De quién sabe dónde llegaba una melodía; era un ritmo caribeño vulgar y pegajoso. Un pájaro descendió raudo y se posó en una rama del ciprés. Luego cantó. Era pequeño y vivaz. Su cabecita iba de un lado al otro sin cesar. Parecía esperar una señal, un sonido, una orden. En el momento que el pájaro levantó el vuelo él apretó su hogibro y el asco volvió a cojtnar su organismo. Era como si un proceso digestivo envenenado atormentara su cuerpo.

El pájaro volvió pero no venía solo, eran dos. Se picoteaban y cantaban, llenando todo el espacio con sus sonidos y sus movimientos. Luego volaban lejos, hacia donde venía el sonido de un carro. Volvieron pronto. Sus cuerpos menudos, compactos, el pecho levantado, hinchado, los pequeños picos que se unían y desunían. Huían y volvían a la punta del ciprés. ¿Qué los unía? ¿Qué los atraía? ¿El instinto? Entre ellos no había amor sino instinto, atracción animal. ¿Pero, cómo escogerían pareja? Siente otra presión en el hombro.

—¿Lo pensaste?

El ser humano sólo tiene su pensamiento.

En él vive. Para él vive. Por eso es. Dicen que las mujeres piensan menos. Que son tontas por naturaleza. Una ráfaga de viento zarandea el árbol y los pájaros escapan presurosos. La condición humana es inestable. Jamás tenemos una absoluta seguridad de lo que deseamos o amamos. ¿Qué es el amor? ¿Es también una atracción animal? Las ráfagas de viento traen de nuevo los ecos lejanos de la música tropical que tanto le disgusta. Se siente sola y desprotegida. Quizá siempre se ha sentido así. La muerte de su padre la sumergió en una profunda indiferencia y en una completa resignación. No tiene iniciativa para nada. A veces cree que no puede organizar sus pensamientos para tomar decisiones. Pasa las noches en vela intentando organizar su vida. Desde niña ha tenido esa sensación de impotencia. Pero todas las mujeres son iguales. Nunca están seguras de lo





que piensan. En el colegio lo platicaba con sus compañeras. Ninguna sabía para dónde iba su vida. No pensaban. No se lo permitían.

—Sí, lo pensé —se oye decir.

Su voz suena desde muy lejos. Viene de alguien que no es ella. De regiones sumergidas en un légamo de años y sensaciones. Pareciera haber cambiado con el tiempo pero es la misma. Su voz es como de niña. No por el tono sino porque surge de visiones infantiles que la sustentan. Pareciera que nunca creció por dentro y que su cuerpo fue estirándose sin tener correspondencia interna. Por dentro se siente frágil y desamparada. Como ese pájaro que se posa solo entre las ramas del ciprés y no canta ni chilla, no mueve la cabeza para todos lados, sino mira inerte cómo la bandada se mueve en las cercanías. No acierta a integrarse. Observa detenidamente al pájaro. El viento sacude el árbol y el ave no se mueve de allí. De pronto levanta el vuelo y huye. Se dispara veloz hacia arriba y ella lo sigue con la mirada. El cielo está azul, sin nubes. Lejos se oye un trueno. Pero aquí el sol cae intenso y fuerte. El ave solitaria da vueltas alrededor de donde están. Le mira el pecho erguido cuando pasa rasante sobre el ciprés. Pareciera buscar una salida. Como si el espacio fuera su prisión. Su pequeño cuerpo vibra cuando va y viene. Siente su respiración y su ansiedad. También su presión, más fuerte, sobre el hombro. ¿Qué pensó? ¿Habrá necesidad de pensar en esas cosas o ya estarán decididas de antemano? No le gusta. Nunca le ha gustado. Menos esa mano caliente, oscura y áspera que ahora tiene sobre su hombro. Sus brazos cetrinos y lampiños, sus ojos rasgados y su pelo colacho. Todo en él le es desagradable. Es como una sombra. Como esa inmensa nube negra que oscurece y enfría el ambiente. Los pájaros han desaparecido. Mueve la cabeza hacia un lado, la levanta y lo mira un instante. Luego mira hacia el frente. No hay nada, sólo el ciprés, el cielo ahora oscuro y un sonido lejano de una música tropical que no cesa. El amor no existe. Sólo





la soledad. El viaje siempre es solitario. Por eso es necesario hacerlo acompañada. Las mujeres no deben vivir solas. Deben parir. Deben reproducirse porque esa es la ley. Y para eso deben casarse. Aquellas que paren sin hacerlo son condenadas. Piensa en su cuerpo y en el de él. Siente que vuelve el asco y que se hunde en su légamo. El estómago le regurgita. Desea pararse pero no se mueve. El viento trae la melodía con más fuerza. Su cadencia acentúa el desagrado.

—¿Qué decidiste?, —lo oye decir desde muy lejos.

Recuerda sus ojos cuando la mira. Sólo siente su mirada y un espasmo caliente se le aloja en el sexo. Pero pertenece a otra. A su hermana. ¿Por qué los seres humanos deben pertenecer a alguien? ¿Por qué aceptarlo? El hombre que realmente la conmueve, por el que siente una atracción irresistible, pertenece a otra mujer. Que además es su hermana. Lo que lo hace doblemente prohibido. Los primeros pájaros vuelven y se posan en la punta del ciprés. Ahí cantan y juntan los picos. El viento les mueve las plumas. En el horizonte plateado aparecen sus ojos cuando la desnudan con burla. ¿Sabrá lo que ella siente cuando lo tiene cerca? Su voz endurece sus pezones. Cuando posa su mano en su codo su cuerpo suda y se enchina. A veces sueña que sus manos recorren su cuerpo desnudo. Despierta mojada y corre al baño a limpiarse. Nadie tiene lo que desea. Todos los hombres son insatisfechos. Se desea lo que no se tiene. Pero ella está dispuesta a rebelarse. Es dura. No lloró cuando su padre murió. Sentía que un líquido se derramaba por dentro y la inundaba. Sus ojos estaban secos y su cuerpo hierático y erguido. Cuando vio el cajón entrar en el nicho pensó que su vida estaba terminada. Al día siguiente estaba impartiendo clases en la escuela como si nada hubiera ocurrido. Así que ahora no va a ceder. Aunque tenga que buscar toda su vida. Alguna vez va a encontrar al hombre que quiere. Este no sirve. No le sirve para nada. Lo único que la aterra es la soledad. Y la vejez. Pero tiene aún muchos años para buscar. Va a olvidar sus ojos inquietos y decidi-





dos, sus brazos velludos, sus carcajadas agresivas y sensuales. Va a encontrar al que desea amar. Éste no. Para qué. Él lo sabe. Lo sabe desde siempre. Desde que la miraba de lejos sin atrever a acercarse. Quién sabe en qué momento decidió el asedio. Sus ojos rasgados le producen pesadillas atroces. Despierta con una sensación de asfixia y terror. El pájaro solitario vuelve y se posa inmóvil en una rama baja y cercana. Pareciera mirarla fijamente, como interrogándola. Tiene los ojillos entrecerrados. No mueve la cabeza. Siente la presión de su mano caliente en el hombro.

—Que sí —se oye decir desde muy lejos.

Winterbourne Dawn, 14/7 /98.







LENTO SUEÑO DELIRANTE

La grama reverbera, brinca, salta, danza, hace muecas, se arrastra sobre sí misma voluptuosamente, se acaricia mientras la música suena y se unta en mi piel, se desliza entre mis manos, pegajosa sube por los brazos, por los hombros, baja a mis senos, se arrastra a mi garganta, le da vuelta acariciándola y se mete lentamente en los oídos, ahí empieza a retorcer con sadismo, con gracia; la grama se aleja, se eleva, se convierte en nube y se condensa volviéndose azul, roja, la tarde se adelgaza y se alarga, mi pene también crece, la sigue ardientemente, penetra en el naranja que se confunde con el azul profundo, ella se aleja, ya no miro sus senos desnudos; la música de la radio, en el carro, se niega a entrar a mis oídos, se queda atisbando medrosa a la orilla de mis orejas, la siento temblar allí, sonando quedamente en la orilla, regresa a la radio y se introduce por el vidrio del dial, se desnuda, vuelve a subir de tono pero no logro atraparla para metérmela en las orejas, en la vulva, para rozarme con ella el clítoris, para restregármela en el sexo, para que vaya entrando despacio por ese canal redondo y mojado que me atormenta por las noches cuando él no está, cuando me ha dejado sola, ardiente, en mi cuarto de soltera, cuando la oscuridad penetra en mi piel acariciándola con lentitud, poniéndola sensible, sintiéndolo todo y a todos, con esa sensación de peso como la pastilla que iba llegando lenta al estómago luego de bajar dando vueltas por el esófago, restregándose por el interior de mi cuerpo con





amor, como la buscaba siempre pero los chamacos me impedían llegar a ella para poseerla con mi deseo, ese que me colmaba el cuerpo, lo intentaba pero los escuinctes me impedían moverme, tocarla, acariciarla, poseerla, como si fueran mi conciencia que me ata, que encarcela mis deseos, eran cientos bailando alrededor de mí, deformes, harapientos, chancrosos, con costras en el cuerpo y la ropa en chirajos impidiéndome acercarme; cuando no la sentí a mi lado, en mi cama, donde yo siempre soñaba que estaba, miré el abismo que se abría entre la blancura de las sábanas y corrí buscándola, rodé por la pendiente que retemblaba con la percusión de la batería de los bitles; el sonido subía más y más y me ataba a él como un tornado, modulaba en la altura, en su cúspide ey dude ey dude, luego me aventaba rodando por toda la colina de sonidos; cuando llegué al suelo me tomaron los escuinctes deformes, unos con jibas, otros enanos, hediondos a pudrición, a mierda, a rancio, me tomaron de los brazos, de las piernas, de los sueños y empezaron a lanzarme hacia arriba, cuando volvía hacia el suelo había uno que impedía que me estrellara: me agarraba en el aire del pene erecto y duro y allí me sostenía mientras los otros volvían a apresarme y a aventarme hacia arriba, tenía un ojo inmenso en el centro de la frente; el juego duró mucho tiempo, hasta que perdí la erección y cuando bajé del aire el del ojo en el centro de la frente no alcanzó a agarrarme y caí, comencé a correr para escapar de ellos que se fueron convirtiendo en un aullido largo que me soplaba la espalda mientras corría; al llegar a la orilla de un pozo ya no pude seguir, estaba agotado, me recosté en el brocal y oí su voz en el fondo: conocía esos estertores, esos chillidos de yegua en brama, sabía cómo ponía los ojos cuando la penetraba; me hiqué a llorar quedo mientras ella bramaba de satisfacción; el sonido de su llanto me llegó, al principio muy poco porque estaba hasta el fondo satisfecha, rellena, acezando, ese llanto maricón me lo sabía de memoria, siempre le agarraba cuando me estaba yendo, no se daba cuenta





que en el fondo me sentía bien, no sabía que había comprado un consolador y les di instrucciones precisas a unos monstruos que encontré en el basurero que no lo dejaran agarrarme, le deslicé muy despacio para que no me sintiera moverme fuera de las sábanas, luego llené de chayas alrededor de la cama y me carcajeé en silencio mientras iba escapando; cuando estuve suficientemente lejos me carcajeé estruendosamente para que despertara de golpe y saltara sobre los chayas; luego ya no lo vi, conecté la radio del carro y me eché la pastilla a la boca, y otra más para lograr un viaje largo, suave y excitante, las muy saladas bajaron despacio, oí su chapoteo en el estómago, muy pronto comenzó la excitación, entonces me metí a la cubeta y solté el lazo, mientras bajaba dentro de la cubeta me fui desnudando lenta, sensualmente, fui dejando el vestido, el brasier, el calzón, en los agujeros que estaban en las paredes laterales del pozo, el consolador iba en el fondo de la cubeta, cuando llegué hasta abajo ésta chapoteó delicadamente, corté la cuerda con los dientes para que nadie pudiera bajar ni subir y me introduje todo en toda, suave, fuerte, con las dos manos, a ratos, con una, acariciaba mis pezones, hasta que me vino a chingar, cuando comienza a llorar quién lo detiene, aquí en el fondo lejos de todo se está muy tranquila, pero sin su voz, su maldita voz que se torna estertor cuando comienza a irse, a gemir lúbricamente, si pudiera bajar tendría que conseguir otra cubeta, pero ya me rodearon de nuevo los enanos, los escuincles, debo armarme para defenderme, para ahuyentarlos, para que me dejen en paz, para matarlos uno a uno, en el carro siempre traigo un machete con un filo del carajo, en un descuido corro para allá y me armo, voy a descabezados, voy a tirar sus cabezas, una a una, hasta el fondo del pozo para atarlo de cuerpo y de sangre y ella quede debajo de todo ahogada; pero el patojerío no me deja moverme de este sitio, me regularon contra el brocal y me ensartan unos cuchillitos filosos, estoy sangrando, los ensartan por todas partes de mi cuerpo, a cada





cuchillada la grama reverbera con menos fuerza, tengo que escaparme y traer el machete que tengo en el carro para descabezar a estos malditos monstruos, ese enano jorobado que tiene los dientes por fuera es el que más se acerca, el que puya con más fuerza, el filazo que me empalmó entre los riñones me está desmayando y si sucede estos enanos malditos me van a descuartizar; tengo que levantarme aunque me ardan los riñones, pero cada vez me siento más pegado a la grama, la oscuridad empieza a caer y el carro está cada vez más lejos, como si la luz se lo llevara consigo, la música se aleja y los bongós ya no percuten con la misma intensidad, todos los sonidos se han hecho débiles, como si estuvieran agonizando y el pozo se estuviera hundiendo más y más, la luz ya no se ve y los sollozos de él ya no se oyen, el pozo se desliza hacia el centro de la tierra, ya no podré salir jamás, me siento flotar en el espacio exterior en medio de la oscuridad total, el consolador apenas lo siento entre la vulva, tendré que gritar para que él me saque de aquí, no quiero quedarme toda la muerte hundida donde no hay ni luz ni sonidos ni llanto ni nada, tengo que gritar para que me oiga pero ya no puedo oírme gritar, ya no tengo voz, no me sale nada de la garganta, tendré que gemir para saber si aún existo y tendré que oír a alguien para saber si todavía soy; sus alaridos me sacan de quicio ¿y si ya estuviera muerto y esos alaridos los pegan quienes me están quemando?, siento mi cuerpo arder por dentro y por fuera, esos desnutridos gimen y gimen, pero del fondo del pozo surgen unos alaridos, malditos enanos podridos, si logro aventar lejos a este flaco libidinoso voy a ir por el machete al carro, a cada puyón en la piel me sale más sangre; siento que subo, que mi cuerpo se hizo tan frágil y volátil que voy elevándome hacia el brocal del pozo; alcancé a zafarme de los enanos y correr hacia el carro y cuando vieron el machete corrieron a refugiarse detrás de ella que apareció de pronto, se metieron entre sus senos, en su vulva, en su boca, se parapetaron atrás de sus dientes, ahora empiezo





a comprenderlo todo, ella los trajo aquí para que me torturaran, ella me trajo a mí para ser torturado, ella es la culpable de todo este desangramiento, me dio la pastilla y sacó de sí los enanos minúsculos para que me torturaran, la voy a matar, la voy a descuartizar para que sepa qué se siente, voy a hacerla pedazos para tirarlos al fondo del pozo; al fin salí de ese maldito hoyo, la grama vuelve a convertirse en onda, a transformarse en miles de colores que se confunden con las nubes y empapelan el firmamento de verde, la música se alarga, me trepana los oídos cruelmente; ya esto se hizo eterno, jamás voy a salir de este tormento, voy a vivir incrustado en él para siempre, y él en mí, pero antes de enloquecer totalmente la voy a hacer pedazos con este machete, se lo voy a ensartar en la vulva para que gima, pegue gritos y tenga un intenso orgasmo lujurioso, luego se lo voy a ensartar en el centro del único ojo que tiene en la frente, la voy a hacer mierda, quién sabe qué veneno me dio, quién sabe si cuando me puso los labios en la sien no me besaba sino me sorbía el cerebro, toda mi masa encefálica, luego sólo dijo detené aquí el carro y poné la radio con el volumen muy alto, ahora tomate esta pastilla, luego ella tomó otra y empezó a sacarse enanos de la blusa, fue entonces que el cerebro se me fue convirtiendo en agua que salió por mi nariz, ahora que logró salir del pozo me mira burlonamente y se empieza a sacar enanos de la piel, pero antes que esos empiecen a pincharme con los cuchillitos le voy a ensartar este machete entre los dos ojos a esa putarrona que siempre juró que me amaba; le voy a enseñar que conmigo no se juega, la voy a hacer trocitos que le voy a ir dando a los monstruos para que coman; siento que todo crece, que me inflo, que algo surge de mí, y él es lo que más crece, parece un gigante con un cuchillo descomunal enlamano, y me mira con odio, pero no tiene por qué odiarme, sólo lo hice tragar una pastilla de LSD para darle ánimos, para que perdiera su timidez, para que por fin me hiciera el amor, no quería seguir masturbándome todas las noches





pensando en su pene que jamás he visto, parece que me quiere golpear con ese objeto brillante que enarbola, siento que con el golpe en la frente sus ojos se meten entre mis dientes y deseo comérmelo pero mis quijadas no pueden apretar, un intenso calor líquido me entra por la frente con suavidad, despacio, el pozo se hace cada vez más hondo y oscuro, algo se derrama dentro de mí y desciende hacia el centro de la tierra a mi lugar de origen y crezco, crezco, crezco.





POLVO DE ESTRELLAS

El hombre camina. Despacio. Una lluvia fina se posa en sus hombros. Apenas los moja. Cae también sobre su calva. El calor del cráneo la seca pronto. El sol, en el confín del día, intenta perpetuarse en los últimos rayos. Se va convirtiendo en colores, cada vez más tenues, que decoran el horizonte. De pronto la tarde desaparece.

El hombre camina inseguro. Como si hubiese enceguecido. Tropieza con un cascote. Se detiene. Lo busca, tanteando, con los pies. Lo patea con furia. Como si aquel objeto fuera el culpable de las sombras. En los postes, distantes entre sí, se enciende la luz pública. Los amplios espacios entre uno y otro dejan al hombre en la penumbra. Tantea la noche que le ha caído encima como un huacal de oscuridades. Busca su destino. Patea, de nuevo, con furia, el cascote. Reinicia su andar hacia el poniente, por donde escapó la luz.

La calle es ancha. Tiene un delgado camellón en el centro. Pasa frente a un pub. En su deambular dejó dos atrás. De uno salía una música estridente. En otro entraban bandadas de jóvenes. Sobre las banquetas los árboles susurran un diálogo secreto con el viento. Llega a la zona en la que están reparando los desagües. Camina con cuidado evitando tropezarse con los materiales de construcción.

Pasa frente a una pastelería. La luz del aparador lo atrae como una mosca. Se detiene. Mira sin mirar unos pasteles y unos panes negros de dura consistencia. Cuando levanta





la vista para proseguir su caminata mira un Wing's. Parpadea perplejo. Sabe que no está en la calle Álvaro Obregón, en la ciudad de México. En su parpadeo estuvo ahí. La noche. El inicio de la noche que se acuesta sobre la ciudad de Dublín se lo traga. Con desconfianza reconoce la banqueta llena de excrementos de perro de la esquina de Marlborough Road y Donnybrook. Se detiene. Mira por un instante largo la cueva profunda y oscura de árboles que se abre ante él. Mira la noche. Se la traga. Ve hacia atrás. Desde ahí distingue las luces del pub más distante. Es el Madigan's. Anoche estuvo ahí. Hoy no se atrevió a entrar. No fue sólo la música estridente. No volverá más. Mañana dejará Dublín para siempre.

Camina tanteando las sombras, cuidando de no embarrarse los zapatos con la mierda de los animales. En Donnybrook la noche está cerrada; los árboles son densos y coposos. A media cuadra encuentra la puertita de hierro, casi escondida, que le franquea la entrada a la inmensa explanada de pasto verdísimo que se extiende frente al hostel. Busca la llave en sus bolsas y camina hasta el frontispicio del albergue por entre el pasto húmedo. De pronto, sin pensarlo, en el centro de la explanada y de la oscuridad, decide sentarse. Percibe que la humedad le llega, a través de la tela, hasta las nalgas. Se tira de espaldas. Su chumpa de cuero impide que la humedad le llegue a la espalda.

El firmamento está, ahora, sin una nube; las estrellas titilan. Recuerda la noche pasada. Era mucho más tarde. Venía en autobús desde el centro de Dublín. Había deambulado, en el atardecer, después de ir al correo, por O'Connell Street. Meditando en el Ulises entró a un pub llamado John Mulligan. Luego se encaminó hacia el Trinity College, donde estudió James Joyce. Se sentía sobre las huellas de un mito. Deambuló como un ciego por los patios inmensos y luego salió sin rumbo. Cuadras después entró, sin proponérselo en la National Gallery. No sentía deseos de ver pinturas. Sólo deseaba sentir. Se detuvo sin ver cuando





la vio. Ya no pudo quitarle la vista de encima. Era una bella niña con el uniforme de edecán de la galería. Ella lo miró sin verlo. Ya no salió de esa sala. Dio infinidad de vueltas alrededor de ella sin que la muchacha se percatara de su existencia. Quién sabe cuánto tiempo pasó.

La noche cayó mientras él bebía, lentamente, un par de Guinness en un pub cercano. Frente al Trinity College abordó su autobús que, sin que él se percatara, se pasó tres cuerdas de su parada habitual. Inició el regreso, despacio, en la oscuridad. Pasó frente a un pub. El Madigan's. De adentro salió, como disparado, el tono reposado pero penetrante, de un saxofón. La melodía era Stardust. Seguramente el ejecutante era Artie Shaw. Su estilo le era inconfundible. No dudó. Sin que mediara su voluntad entró decidido en aquella atmósfera enrarecida por el humo de los cigarrillos. De momento se desconcertó, estaba repleto de gente joven. Se sintió descolocado.

En el centro del antro había una barra circular. A su alrededor bancos altos. Buscó uno vacío. Se sentó. Un saxo tenor se desgranaba en las cadenciosas notas de Sometimes I'm happy. Pero que era Lester Young. Se sintió feliz. Le pidió a una muchacha flaquita que se movía de un lado para otro, detrás de la barra, un Jameson derecho. Lo paladeó y se sintió más feliz. La vio. Llevaba una charola llena de vasos con cerveza. En lugar del uniforme de edecán de la galería de pinturas vestía una t-shirt negra, entallada, en la que destacaban unos senos pequeños y unos duros pezones, un jeans negro apretado y un delantal blanco que le llegaba a los tobillos. Se tomó el whisky de un trago y pidió otro. Cuando un saxo estaba en la mitad de Hey there la oyó hablar en español. Sintió una conmoción interna. A su lado era una niña. Esperó largo tiempo. La noche fue envejeciéndose y la niña agotándose. Iba de mesa en mesa como autómata. De pronto estuvo frente a él, del otro lado de la barra. Se oyó decir: ¿estás cansada? Agotada, respondió ella maquinalmente. Luego reaccionó y son-





rio por haber respondido automáticamente en su común idioma. ¿De dónde sos? Vasca, respondió. ¿Española? No, vasca, insistió y se carcajeó segura. Un segundo después estaba en su ir y venir. De pronto la sintió detrás. Preguntó con su peculiar siseo: y tú, ¿de dónde eres? Soy guatemalteco, dijo al aire porque ella estaba descargando su charola en una mesa.

A retazos fue enterándose : se llamaba Lierni. Tenía 25 años. Buscaba una beca en el Trinity College. Trabajaba dos jornadas para sobrevivir. Calculó: eran treinta y seis años de diferencia. Podría ser su nieta. Ella insistía. Lo acorralaba. Se percató que él bebía el licor más caro. Tocó el cuero de su chumpa y comentó lo costoso que sería. La noche se deshilachaba entre los tragos y la cadencia del saxo. De pronto, ella detuvo su trajín y se recostó a su lado en la barra; se notaba, se sentía, segura. Él también estaba decidido. Una noche, una hermosa noche puede valer toda la vida que queda. Ella lo interrogaba. Él mentía. Ella quería saber si estaba establecido en Dublín, si tenía casa propia y un carro elegante y costoso. Él seguía embarcado en el sueño. Sin preverlo cometió un error. El licor, la inseguridad, el temor de que escapara. Como si él fuera el cazador. Dijo, sin pensar, que viajaría definitivamente en dos días.

Se convirtió en nada. Cuando preguntó si la esperaba cuando saliera no obtuvo ninguna respuesta. Ya no existía para ella. Habló al vacío. Siguió pasando a su lado pero él había desaparecido. Cuando Artie Shaw inició de nuevo Stardust, se vio en la calle. Se sintió borracho'. Pero más que eso, se sintió anciano.





LA VIDA ES SUEÑO

*Luego fue verdad, no sueño; y si fue verdad
[...] ¿cómo mi vida le nombra sueño?*

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

El hombre camina mirando al suelo con la espalda un tanto encorvada. Va despacio por el andador ancho y arbolado, una especie de alameda, que está en el centro de la calle Álvaro Obregón. Patea objetos que encuentra a su paso. A veces con furia. A intervalos se detiene. Mira con fijeza los surtidores de agua de las fuentes y las esculturas que las adornan. Levanta la cabeza y observa por segundos las altas copas de los árboles. Llega a la calle de Córdoba. Antes de atravesarla busca con la mirada. Encuentra. Es un boleador canoso y gordo que platica con unos albañiles que se recuestan indolentes en una banca. Llegan todos los días y esperan que alguien se acerque a contratarlos para un trabajo ocasional.

El hombre se encamina hacia el viejo y cansado boleador que nunca ríe y que usa un pantalón de mezclilla con tirantes que le queda flojo. Le hace una seña. Se sienta en una silla pequeña que se encuentra debajo de un frondoso árbol. Ahí no llegan los rayos del sol. Se desabotona el saco. Se afloja la corbata. El viejo boleador se sienta en un banquito, frente a él, y con gestos pausados se dispone a realizar su tarea. Saca de la caja, en la que el hombre colocó el pie derecho, unas tiras de tela; saca el betún, la grasa, un frasco de gasolina, empapa en ésta la punta de un trapo, lo enrolla en el índice y central de su mano derecha, y comienza a pasarlo con fuerza por el botín.





Es un oficio degradante, piensa el hombre. Pero es un trabajo. Trabajar cansa. Pavese tenía razón. Quizá por eso se mató. Él también está harto. También lo quiere hacer. Siente un golpe en la punta del botín. Debe cambiar de pie. Lo hace. El boleador, viejo y ventrudo, se aplica con rapidez al otro zapato. El hombre observa. El primero quedó brillante. Asiente satisfecho. Es un diario gesto maquinal. Todos los días pasa por aquí. A la misma hora. El viejo suda; de la frente le caen algunas gotas. Termina de limpiar los botines. Los minutos parecen descolgarse del hormigo, de ese árbol frondoso que impide que el hombre, harto de la vida, se asolee.

(Muchos años después, cuando el hombre ya no trabajaba en esa oficina que lo estaba aniquilando y se dedicaba a algo menos tedioso y mortal, volvió a la calle Álvaro Obregón, buscó en Córdova al viejo boleador canado y ventrudo vestido con un pantalón de mezclilla con tirantes, y unos albañiles desempleados sentados en una banca esperando que alguien llegara a contratarlos para un trabajo ocasional, le dijeron que el limpiabotas había muerto).

Están brillantes. El viejo conoce su oficio. No sé por qué me gustan ahora los zapatos brillantes si eso nunca me importó; andaba con los zapatos sucios, llenos de lodo, raspados; compraba botas de caña alta, de gamuza, para no tener que limpiarlas. Mi madre reclamando: mirá cómo andás, ¿no te da vergüenza? ¿De dónde salen las historias de una novela? ¿Necesariamente una novela es ficción? ¿Cómo se construye una novela? ¿Son los recuerdos los que la alimentan? ¿O sólo es la imaginación desbordada?

El hombre se levanta, se endereza, busca en sus bolsillos, saca cinco pesos y los entrega al boleador. Éste los recibe en silencio, sin un gesto; los mira, los mete en la bolsa trasera de su pantalón de gabacha, de mezclilla que fue azul ahora percutida y blanquecina, se levanta y vuelve a la banca en donde están los muchachos que llegan todas las mañanas a sentarse allí para esperar una chambita. Son desempleados





que esperan una mínima oportunidad. Hablan de futbol, del tiempo, de política; abren un periódico y se esconden detrás buscando las noticias del partido del domingo. Ahora es lunes y los que tienen chamba se apresuran a llegar al taller, a la oficina, al almacén, al restaurante, a cualquier sitio en el que realizan alguna tarea para sobrevivir.

El hombre atraviesa la bocacalle y camina por la banqueta; pasa Orizaba, llega a Mérida y frente a la gasolinera dobla a la izquierda. Consulta el reloj. Apresura el paso. Mira hacia el edificio que está en la esquina de Yucatán y ve cómo el sol impregna con fuerza contra las paredes de piedra del instituto cultural mexicano-soviético. Es un edificio extraño, como un manchón en una calle mediocre y sin carácter.

Se detiene frente a una vitrina en la que exhiben libros. ¿Cómo se podrá encontrar el camino de la escritura? ¿Cuál será el momento en que se puede comenzar a contar una historia? ¿Cómo se escogerá la primera palabra? Tengo acumulados en mí los ritmos del mundo que me rodea. Todo es ritmo. Todo tiene musicalidad, hasta los recuerdos. También las palabras son imágenes que han quedado impregnadas en la memoria. Un amanecer o un anochecer en una calle perdida en la memoria tienen una coloración, unas sombras, unos pincelazos que los configuran y hacen que sigan ahí, que no se olviden. Pero ¿cómo atraparlos? ¿Cómo repintarlos? ¿Con qué ritmo, con qué cadencia vendrán a la memoria para participar en los sucesos y encajar en la historia? Recuerdo unos atardeceres en el Cerro del Carmen mientras la esperaba. El firmamento iba cambiando de colores con una cadencia orquestada; las nubes pasaban y pasaban con un ritmo que se adecuaba a la caída de la tarde; el pasto se oscurecía y tomaba distintas tonalidades con las sombras que se insinuaban en su superficie; en la esquina de la baranda de piedra aparecía ella medrosa, con cuidado, mirando a todos lados, no fuera a ser que su novio la estuviera vigilando y nos descubriera





poniéndole los cuernos. De pronto todo se borra y aparece una calle y una vitrina con libros en exhibición. El ritmo y los colores de este momento son diferentes y la ausencia de todos los lugares que forman nuestros recuerdos oscurece la memoración. Esa música cercana no dice nada. Escucho la música en mi interior: un violín del que brotan notas rápidas con un ritmo preciso: Bach.

El hombre mira de nuevo hacia el edificio en el que se desplaza la sombra del sol en su camino a occidente y comprende que ha pasado el tiempo y debe ser tarde. Mira el reloj. Se apresura hacia la calle Durango. Dobla a la derecha. Se sumerge en la entrada ancha de un edificio. La penumbra se lo traga. Sorteando los vericuetos hasta el fondo. Empuja una puerta que lo introduce a un espacio donde están dos mujeres maduras detrás de sendos escritorios. Le da instrucciones a una. Entra a un cubículo. Cierra la puerta tras sí. Pasa la llave. Respira hondo. Se quita el saco. Se arranca la corbata de un tirón. Abre cuatro botones de su camisa. Corre las cortinas, la habitación se oscurece. Se afloja el cinturón. Se quita los botines brillantes. Se acuesta a todo lo largo en un sofá y cierra los ojos.

Hay detalles que quedan en la memoria. Quizá son intrascendentes pero se quedan como si tuvieran una importancia que ignoramos. Nunca sabremos por qué nuestra mente registra momentos superficiales e inocuos, y otros que nos parecieron importantes desaparecen para siempre. Nuestra memoria no nos pertenece, nos es ajena; ella sola registra y uno es su depositario. De pronto, sin que uno lo desee aparece un recuerdo, un momento que no sabíamos que existía. Luego las imágenes se hacen palabras y desaparecen y cuando uno las busca acuciado por las palabras, sólo éstas existen, la imagen desapareció, sólo queda el recuerdo en palabras. Por más que busco una imagen de mi primera niñez no la encuentro, pero sé en palabras lo que mantuve muchos años como imagen que luego fui traduciendo a palabras hasta que sólo quedaron éstas. Uno





se desconoce. No sabe por qué ocurren esas cosas en su mente. Aparece de nuevo. Su rostro se acerca y se aleja, crece, y en él sus inmensos ojos verdes que son como una luz que sale del pasto y que me obsesionan hasta no dejarme vivir en paz. Su imagen ronda diariamente a mi alrededor. Sus ojos, como asustados, se abren y me reflejan. En ellos también parezco asustado. Mi cuerpo se mueve en una superficie acuosa, en el rielar de un lago que está en el centro del universo. Mi cuerpo se abandona, ya no siento más que su mirada poseyéndome, succionándome. Estoy poseído por su atracción. Un intenso calor me ocupa. Me deslizo desnudo río abajo. El agua sube de temperatura y una erección incontrolable, dolorosa, arquea mi cuerpo sobre el agua caliente. De las nubes se desprende su cuerpo blando, algodónoso, que desciende suavemente y me cubre. Su temperatura templata el ardor del agua. Extiendo mis manos que alargan hasta el cielo y acaricio sus nalgas redondas, suaves e intensamente blancas. Atraigo su cuerpo hacia el mío, baja despacio, sus piernas y su ano se abren, introduzco mis dedos en él mientras su vagina se ensarta en mí y me ocupa. Me siento completado. Como si su cuerpo le hubiera faltado al mío y hubiera sido siempre parte de él. Los cuerpos se funden hasta ser uno solo mientras el agua se traga a aquel único cuerpo que ya no se mueve sino sólo se hunde. El cuerpo arde en llamas.

El hombre se levanta de golpe, se pone los lentes, se palpa entre las piernas e insulta entre dientes. Se abre la bragueta y saca la mano pegajosa. Busca en un cajón del escritorio, saca unas toallas de papel, introduce un montón, se limpia, tira los papeles al cesto, cierra su bragueta, saca más papel y limpia su rostro empapado de sudor, va hacia el escritorio, se sienta en la silla, acerca un legajo de documentos y comienza a leer.

Del cuerpo tampoco se tiene control. También es desconocido. Todo se mueve dentro, se llena de aire, se infla, se desagua en vientos y la mente no logra controlarlo. La co-





mida que sostiene la existencia biológica sigue un trayecto establecido por el orden de la materia y sale convertida en otra sustancia sin que uno pueda contenerla. De pronto, cuando una congoja intensa oprime el pecho, los ojos se ponen acuosos y se llenan de un líquido salado. De un sueño profundo uno despierta mojado, con la verga ardiendo y sin control. No se es dueño de sí, sólo se ocupa un cuerpo que finalmente termina siendo ajeno, que se destruye paulatinamente a despecho de la voluntad de sobrevivir. ente Todo a nos es despecho ajeno, hasta la vida. Ni de las imágenes que crea la imaginación incontrolable se es dueño. De pronto, muy dentro de sí, se van convirtiendo en parte de uno, de su rememoración constante. Esa mujer de ojos verdes y nariz afilada es parte de mí, me acompaña desde hace años y no existe. Sólo existe en mí, como si fuera un órgano que vive en mí y palpita a mi unísono. La sueño. Le doy un rostro, unas manos, unas nalgas, unos senos menudos. De pronto desaparece. No está más. Se torna nada hasta el momento que renace dentro de mí. sólo su voz desconozco. Nunca la he oído.

Se levanta, enciende la luz, abre las cortinas, quita llave a la puerta, se pone los botines, la corbata y el saco, abre la puerta, se queda parado frente a la sala vacía y silenciosa. Vuelve a su despacho, se sienta en el sillón y ve cómo la luz le cede el puesto en el vidrios a las sombras. Si no me levanto y me largo voy a pasar la noche aquí. Nadie se enteraría. Paso llave y el guardián nocturno pensará que me fui. ¿Y si me matara? Nadie se daría cuenta, hasta mañana, la mujer de la limpieza. No habría tragedia. A nadie le soy querido ni necesario en este lugar de mierda. Tengo cincuenta pastillas. Me las tomo y se acabó. Se levanta. Abre un cajón de su escritorio. Saca un frasco con pastilla. Sale y regresa con un vaso se agua. Cierra la puerta con llave. Se sienta frente al escritorio y mira a intervalos el frasco y el vaso con agua. Se quita el saco. Está sudando. Las sombras ocupan todo. Nadie me espera.





El hombre camina. La noche tupida. Salió de la oficina con el gusto del óxido y la salmuera, como dice Seferis. Hace fresco. Mira al suelo, como buscando en él respuesta: ¿dónde, cuándo comenzaron los sueños y cuándo y en dónde terminaron? Los años los arrasaron. Cada día surgía un nuevo que alimentaba otro grandioso que terminaba en muerte. Sus amigos y compañeros desaparecieron. Uno se va quedando solo a la mitad de los sueños. Vacío. Desesperanzado. Inútil. Las raíces se van perdiendo y uno se queda como desenraizado, florando, intentando aferrarse a un nuevo sueño que lo salve de la vigilia. Incluso dormir cuesta. Pero nunca se deja de soñar. Es incansable el cerebro, eyacula imágenes desconocidas, pensamientos descabellados, imaginarias e inverosímiles situaciones, rostros monstruosos o bellos que podría convertirse en la condena definitiva o en la salvación. ¿Cómo podré comenzar ese relato que explique de una vez por todas mi vida, mi historia personal? ¿Qué chingados es finalmente la literatura sino la explicación o el intento de explicarse la vida y los sueños que la han atravesado y destruido o construido? Escribir es soñar despierto. O más bien, inscribir en un papel lo que siempre se sueña despierto. No sentí la larga caminata. Tengo reseca la garganta.

El hombre saca una llave y abre una puerta grande, de vidrio, que da a un ancho y largo pasillo. Se encamina por él. Está oscuro. Al final hay una puerta blanca en la que introduce otra llave. Entra a su departamento y acciona el interruptor de luz. Es una estancia pequeña. Al fondo una cocineta. Una librería divide la estancia: de un lado un antecomedor con cuatro sillas, del otro, un amueblado de sala y un pequeño escritorio con una máquina de escribir y un legajo de papeles. Tira el saco y la corbata, desabotona su camisa, se quita los botines y se sienta, derrengado, sobre el sofá. Exhala con fuerza el aire. Recuesta la cabeza en el respaldo. Dormita. Parece agotado.





Ahora vivo con esa mujer que he conocido a través de esos sueños inesperados y agitados. Creo que la conozco perfectamente. Cuando estoy reposando aparece. La oigo acercarse. La miro mirarme detenidamente, como interrogándome. No puedo hablar. Estoy enmudecido. Transido ante su presencia. En ocasiones se desnuda lentamente. Tiene un cuerpo turgente, con sensuales redondeces que podrían convertirse en gordura; es una mujer de un cuadro de Rubens; su sexo no tiene vello, sus piernas son perfectas, sus senos pequeños, sus ojos verdes e inmensos, su nariz larga y delgada, su piel blanquísima. Sin comprender por qué, estoy desnudo, el cuerpo ardiendo; la atraigo en silencio. Ella se acerca y me acaricia. Acaricia mi cuerpo, yo acaricio el suyo. Un deseo incontrolable nos posee a ambos. Voy a penetrarla. En un instante se convierte en una furia, me impide hacerlo, lucha, grita, intento forzarla, me golpea con brazos y piernas, estoy por vencerla pero se zafa violentamente y luego desaparece, la busco pero ya no está. Despierto bañado en sudor y con una angustia y una congoja que casi me llevan al llanto; ni siquiera eyaculo, ni siquiera me masturbo, sólo siento un profundo vacío, como si succionaran mi cuerpo. Ya tengo miedo de dormir. La busco en la calle. Miro a todas las mujeres que pasan a mi lado buscando ese rostro. Intento explicarme lo que esto significa. Intento dejar de soñar con ella. Uno no tiene control de los sueños.

El hombre se levanta. Se sienta al escritorio. Mete una hoja de papel a la máquina y escribe. Se detiene. En su cara un gesto de hastío e impotencia. Saca la hoja y la rompe. Mete otra. Se levanta. Va al baño y orina. Vuelve a sentarse al escritorio. Escribe: *El hombre camina mirando el suelo con la espalda un tanto encorvada. Va despacio por el andador ancho y arbolado, una especie de alameda, que está en el centro de la calle Alvaro Obregón. Patea objetos que encuentra a su paso. A veces con furia. A intervalos se detiene. Mira con fijeza los surtidores de agua de las fuentes y las esculturas*





que las adornan. Levanta la cabeza y observa por segundos las altas copas de los árboles. Llega a la calle de Córdoba. Antes de atravesarla busca con la mirada. Encuentra. Es un boleador canoso y gordo que platica con unos albañiles que se recuestan indolentes en una banca. Llegan todos los días y esperan que alguien se acerque a contratarlos para un trabajo ocasional. Le hace una seña.

Se levanta. Mira sus botines brillantes. El trabajo del hombre canoso ha sido impecable. Le paga. Mira las copas de los árboles que ocultan el firmamento. Es como si el cielo se detuviera en el verde del tupido ramaje. Respira hondo. Se abotona el cuello de la camisa. Se aprieta la corbata. Camina por el centro de la ancha alameda. Pasa al costado de una fuente y mira de reojo la escultura que la corona. Camina unas tres cuabras sin pensar. Medita en él mismo. Nunca ha sabido quién es realmente. Sólo sabe que tiene un nombre que lo identifica y lo relaciona con un padre y una madre. No supo realmente quiénes eran. No los conoció. Su padre desapareció cuando él tenía tres años. Su madre, con la que vivió hasta los veinticinco, nunca platicó con él, sólo sabía acariciarlo con ternura y dar órdenes, de las que nunca hizo caso; pero no supo quién era, qué pensaba, qué anhelaba, cuáles eran sus más profundas pasiones. Uno pasa por la vida sin conocer realmente a nadie. Ni a uno mismo. Actúa por pasiones momentáneas, por pulsiones irrefrenables, por ideas temporales que pronto desaparecen. Finalmente uno es el desconocido de uno. El calor de la mañana se cuele por su cuello. Se arranca la corbata con violencia sin control y sin saber por qué. Quizá por el calor. Quizá por la inconsistencia de su meditar, por la inconsistencia de sus aparentes certezas. Quizá ningún hombre haya sabido bien quién es. En algún lado de su memoria aparece una frase de Ciaran, algo así como '¿quién es ese yo?'

Sigue caminando con la mente en un limbo. Se quita el saco y lo deja tirado en las baldosas. Se encamina lento





hacia la avenida Cuauhtémoc. Al llegar se enfrenta a una avalancha de carros que pasan a toda velocidad. Baja un pie de la banqueta y siente el impulso de tirarse a su paso, toma la corbata que lleva en un puño y la avienta al centro de la avenida, un auto se la lleva prendida de la defensa como si fuera su cabeza, cierra los ojos. Se dirige, paso a paso y sin mirar a los lados, hacia el sur. No se da cuenta que lo hace. Camina durante horas sin rumbo hasta que pierde la noción del tiempo y ha caído la noche; no sabe dónde está ni quién es, no logra organizar el pensamiento, las palabras se diluyen en un cerebro que sólo recibe órdenes de los pies.

El hombre, completamente agotado, entra a un Sanborn's atraído por la intensa luz. Le tiemblan las piernas y el estómago. Busca un sitio. Se sienta a la barra. Se mira detenidamente en un espejo inmenso. No se reconoce. Entonces la mira. Está sentada, a sus espaldas, frente a una mesa pequeña. No lo cree. Es de nuevo una alucinación. Oye la voz de la mesera. Ordena una bebida. Mira de nuevo y no ha desaparecido. Siente su cuerpo atravesado por una intensa carga de energía. No se mueve. Le ponen un vaso al frente. Bebe. Ella sigue ahí. Se voltea y empieza a creer en lo que mira. Es ella. Es exacta a su sueño. No se atreve a levantarse porque sabe que desaparecerá. Ella lo mira. Sus inmensos ojos verdes son los mismos de su sueño. La recorre completa con la mirada. La duda se diluye poco a poco, pero teme levantarse. Puede esfumarse en el vacío. Ella levanta la taza y bebe. Ya no duda. Con el vaso en la mano va hacia la mesa. Sigue allí. Se detiene a su lado. Pone su vaso sobre la mesa y dice, hola. Ella contesta, hola, y le indica que se siente. Cuando oye su voz sabe que existe. El sonido de la palabra hablada destruye cualquier sueño y nos instala en la realidad. Existe. Sí. Está seguro. Existe. Se sienta a su lado.









CONTENIDO

Acerca de Marco Antonio Flores	7
La partida de ajedrez	11
La grama es verde	21
El bastón	29
Señor de Xibalbá	39
El hombrón	43
Pepito	51
Aleluya sin cesar	57
La Sigumonta	63
Las beatas de Belén	71
El tiempo agotado	77
Memorias	81
Despedida	89
La muerte del cadejo	95
El instante de la muerte	101
Lento sueño delirante	107
Polvo de estrellas	113
La vida es sueño	117









Cuentos, de Marco Antonio Flores, número 19 de la colección Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias (1988-2022), se terminó de imprimir en el mes de **XXX** de 2023, en los talleres de **XXX (XXX)**. El tiraje fue de **XX** ejemplares.

